

GLORIA DE LA FUENTE - DANAÉ MLYNARZ

EL PUEBLO EN MOVIMIENTO

GLORIA DE LA FUENTE - DANAÉ MLYNARZ

EL PUEBLO EN MOVIMIENTO

DEL MALESTAR AL ESTALLIDO



Catalonia

Catalonia

No son 30 pesos, son 30 años, fue la consigna que se instaló en el estallido social del 18-O y hay algo de cierto en eso. No obstante, para ser rigurosos en el análisis, es necesario pensar en cuarenta y seis años, y aún más, en los doscientos diez años de vida independiente de nuestro país. En efecto, la fractura que ha quedado expuesta en Chile desde el estallido social de 2019 es tanto, el fruto de los problemas no resueltos en la transición y que son parte de la herencia de la dictadura, así como la lucha histórica por la igualdad y la dignidad del pueblo. También de la manera en que nuestra democracia se reinaugura y despliega a partir de 1990.

¿Qué pasó con el modelo de democracia chilena que deriva en un estallido que tenía síntomas, pero que nadie fue capaz de anticipar? Hubo señales relevantes en el movimiento estudiantil de 2006 y 2011. Emergen y confluyen también con fuerza, una serie de cuestiones cuyo efecto acumulativo genera finalmente la tormenta perfecta: la corrupción y la decadencia de las instituciones, la decreciente participación electoral, la desigualdad, la falta de distribución del poder, la inseguridad y la violencia, las brechas de género y territoriales, son componentes inequívocos de esta coyuntura crítica. Esta es parte de la reflexión que este libro busca abordar a partir de la conversación con el sociólogo y premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales Manuel Antonio Garretón y del aporte de una serie de científicos sociales que, desde sus distintos saberes, aportan para buscar un camino de salida.

Comprender la complejidad del fenómeno que enfrentamos, que ha quedado aún más fuertemente develado tras la pandemia COVID-19 y sus consecuencias sociales, es un imperativo para quienes creemos que el diálogo, las instituciones y la democracia son el único camino posible de encuentro para alcanzar un nuevo pacto social.

GLORIA DE LA FUENTE - DANAE MLYNARZ

CÓDIGO
DE BARRAS
(CALADO NEGRO)

Índice

PRÓLOGO	11
“Chile despertó”: antecedentes y evolución del estallido social en Chile <i>(Conversación con Manuel Antonio Garretón)</i>	17
¿Por dónde está la salida?: La vía institucional para enfrentar la crisis política y social en Chile <i>Gloria de la Fuente</i>	68
Del pueblo desigual y unido a la rotura del modelo: el rol de la desigualdad en el estallido del 18/O <i>Emmanuelle Barozet</i>	87
Diálogo y Participación Ciudadana en Chile <i>Danae Mlynarz</i>	111
El Proceso de diálogo constitucional de Michelle Bachelet <i>Francisco Soto</i>	131
Revisitar el 2016, para entender el 2019 y proyectar el 2020. Una mirada a los resultados de la etapa participativa del proceso de debate Constitucional del 2016 <i>Rodrigo Márquez</i>	157
La participación electoral en la crisis de la representación <i>Axel Callís</i>	183

Desigualdad territorial y descentralización <i>Natalia Piergentili</i>	208
El malestar de los jóvenes chilenos en el siglo XXI. De la “Revolución pingüina” al “18-O” <i>Raúl Zarzuri</i>	228
La Tercera ola feminista en Chile y su fortalecimiento con el 18-O <i>Fabiola Berríos</i>	247
Protesta y violencia en el estallido social. El revés de las cosas <i>René Jofré</i>	264
Seguridad y desigualdad en el nuevo Chile <i>Eduardo Vergara</i>	282

“Chile despertó”: antecedentes y evolución del estallido social en Chile

(Conversación con Manuel Antonio Garretón)

Se ha transformado en una suerte de lugar común esto de que “Chile despertó”, pero lo cierto es que, para quienes nos dedicamos a las ciencias sociales, si bien era imposible predecir el momento exacto de emergencia de esta suerte de estallido social, sí veníamos hace tiempo observando un malestar creciente y difuso en la sociedad chilena. Para desentrañar los antecedentes y contenidos de este fenómeno y, al mismo tiempo, analizar sus perspectivas, decidimos hacer algo diferente.

Lo que viene a continuación es el resultado de algunas tardes de verano de conversación que sostuvimos las autoras y editoras del libro con el destacado intelectual latinoamericano y premio nacional de humanidades y ciencias sociales, Manuel Antonio Garretón.

Gloria De La Fuente (GDF): Se ha instalado con fuerza esta idea de que “Chile despertó”, no obstante, hace tiempo nuestro sistema político nos venía anticipando este despertar. En su libro *La gran ruptura* (LOM), usted plantea que las movilizaciones del 2011 y 2012 constituyen una ruptura ante la política clásica.

Danae Mlynarz (DMP): Por esto que dice Gloria y para comenzar, ¿cree usted que el actual estallido tiene una base en la ruptura?, ¿cuánto hay de nuevo y de continuidad?

GDF: Dicho de otro modo, ¿son los fenómenos del 2006 y 2011 la “coyuntura crítica” —ocupando esta categoría de las ciencias sociales— que nos trajo hasta acá?

Manuel Antonio Garretón (MAG): Antes de comenzar a conversar sobre los temas que ustedes plantearán, vale la pena señalar que estamos en medio de un proceso muy complejo cuyos significados son múltiples y que tienen evoluciones inciertas. Y por eso nuestro análisis se centra en las tensiones que se enfrentan y posibles salidas, sin que

tengamos aún una claridad del futuro. Es el precio de un análisis necesariamente provisorio de procesos y movimientos que no han terminado y cuyos sentidos van variando.

Hechas estas reservas, sobre el contexto del estallido social, tengo la impresión de que uno podría decir que hay dos contextos entrelazados en donde este fenómeno del estallido se produce: el primero —que se le puede dar muchos nombres— es la crisis de la democracia representativa a nivel mundial. Según algunos autores eso se debería fundamentalmente a que las grandes decisiones que se toman para las sociedades no se toman en ellas, sino que, a través de los poderes y procesos de la globalización. Pareciera, que la democracia no es relevante para lo que fue creada. La teoría democrática fue creada para sociedades en las cuales los mercados están en la sociedad y no son mercados transnacionalizados. Entonces uno dice: bueno, hay una crisis que tiene que ver con los fenómenos de globalización, con los fenómenos de individualismo, y de explosión de identidades. La crisis fundamental es la crisis de la polis y la democracia como forma de organización del poder político, o sea, de una sociedad en que una población convertida en ciudadanía toma decisiones relevantes a través de sus representantes en el Estado. En el caso chileno ello se expresa entre otras cosas en una deslegitimación de las instituciones.

Esta crisis conlleva la percepción de los sujetos, de los individuos, de las individuos que las cosas las pueden resolver por sí mismos o con la gente con la cual se juntan. Entonces la democracia pasa a ser básicamente una experiencia, un proceso, que no refiere necesariamente a un régimen institucional. Esa experiencia democrática es lo que tiende a mandar o dónde siento yo que estoy viviendo la democracia, no votando —en algunos países sí, pero en la mayor parte no—, en la calle, protestando y demandando o en la ilusión democrática de las redes. Porque en las redes soy un sujeto, hago lo que quiero, digo lo que quiero, no tengo que responsabilizarme frente a otros. Ese primer aspecto creo que es clave para entender muchos de los comportamientos y de las subjetividades que van a emerger en un caso concreto como el estallido social. Entonces hay un contexto general.

GDF: Que es exógeno.

MAG: No es exógeno porque es un contexto que actúa desde dentro, desde lo subjetivo: eso ya está en el ADN de las sociedades latinoamericanas. La sociedad contemporánea es una mezcla de la socie-

dad industrial clásica y de la sociedad postindustrial -llámesele sociedad red, digital, informática o comunicacional- globalizada. Eso plantea un problema porque las instituciones del régimen político y los modos de pensar la política, la teoría política, fueron creadas para sociedades polis, sociedades en las cuales hay una base social que generalmente eran clases sociales, las que eran representadas normalmente por partidos, ante un ente que toma decisiones que es el Estado. Eso ha estallado totalmente. Eso es un primer contexto, pero es un contexto activo, por decirlo así, es un contexto que se transforma en una especie de líquido corrosivo que penetra a todas las sociedades histórico concretas.

GDF: Es un contexto que no es estático porque, en rigor, es un contexto que está en mutación.

MAG: Está en mutación por lo que está pasando en cada uno de los otros contextos. Ya que los contextos no están cerrados y por eso decía que hay un segundo contexto que uno podría llamar el caso chileno. Lo dicho hasta ahora es una primera cuestión que hay que tener presente, y eso es lo que explica que estos fenómenos de estallidos o movilizaciones se estén dando en todas partes del mundo, pero hay un segundo contexto que lo da cada sociedad. En este caso particular el inicio de lo que pasa en Chile coincide con el inicio de lo que pasó en Brasil el 2013, por la cuestión del pasaje libre antes del mundial de fútbol.

Lo de Ecuador también, que tiene que ver con el precio del combustible, es decir de nuevo el tema del transporte que opera como detonador, como también en Francia con los chalecos amarillos en que hay dos aspectos que son importantes a considerar para el caso chileno. Uno es el tema del impuesto al combustible, y que se ubica en el corazón de algunas contradicciones, porque resulta que ese impuesto a los combustibles forma parte de los compromisos que Francia había tomado para la crisis climática, porque era uno de los países más atrasados al respecto, y eso hiere a un sector muy determinado que necesita el auto como instrumento de su trabajo y que no puede tener otra cosa que el auto o el camión para trasladarse porque es un sector de población que está entre lo rural y lo urbano. La segunda cosa de importancia y de diferencia con el caso chileno es que ahí estamos en presencia de un actor preciso: son los que tienen chalecos amarillos, son los que hacen tales o cuales cosas en la sociedad, no es toda la sociedad, pero que afecta al conjunto de ella como en Mayo del 68 que son los estudiantes, pero que paraliza Francia completo, y entra toda la sociedad en el conflicto de distintas formas.

Hay, entonces, un segundo contexto: en Chile hubo una revolución o transformación capitalista y autoritaria de la sociedad que no existió en ninguna otra dictadura. Que tampoco existió en ningún otro régimen democrático. No hay nada parecido a lo realizado por la dictadura chilena. No digo en la parte política, por la represión, porque hubo represión en Argentina igual o peor a la chilena, Uruguay, igual o peor a la chilena, Brasil, etc. Pero ninguno de estos países fue una dictadura transformadora, a lo más, en los otros casos descompusieron un sistema.

GDF: ¿Transformadora o refundacional?

DMP: Revolucionaria.

MAG: Estoy diciendo transformadora en el sentido refundacional o revolucionaria. Entonces aquí hubo una revolución capitalista, es el único país en el cual un tipo de capitalismo que es el neoliberalismo transformó la forma de organización, de constitución de la gente, de los actores sociales, de la educación, de la salud, de la organización territorial, de la administración regional, absolutamente de todos los aspectos de la vida social y cotidiana.

DMP: Y qué pasó después con el retorno a la democracia que no se cambió lo que había, hubo acuerdos de la transición.

Creo que no hubo acuerdos, o sea, no hubo consenso, hubo imposición. Ahora, una vez que a usted le imponen y usted se ve obligado a entrar en un sistema, usted puede que diga ¿y por qué voy a cambiar lo que estoy haciendo, si en diez años reduje la pobreza del 50 al 10%, si subí en diez a quince años el ingreso per cápita de 5 mil a 20 mil dólares, si tengo tratados con todos los países del mundo, si amplié la matrícula universitaria, logré cobertura total en los niveles primarios y secundarios? ¿Por qué voy a cambiar? Si además he ganado casi veinte elecciones, si soy mayoría. Por supuesto que los problemas que siguen de esa visión están marcados por la imposición original, pero la propia visión se adapta a ella. Lo que la élite política vio fue básicamente sus logros y no que de lo que se trataba era de cambiar el conjunto del sistema heredado y para lo cual tenía mayoría social y política, que debía usar para impulsar una transformación de las instituciones generadas por la dictadura para impedirlo. El argumento de que, con Pinochet como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, se hizo todo lo que era posible y hacer loas a eso, impide plantearse lo elemental ¡y tener a un asesino y criminal como comandante en jefe, no permite calificar la transición de ejemplar! En términos estrictos no hubo consenso en el sentido de acuerdos

fundamentales, sino que hubo imposición, y adaptación a ello, de un orden que permitía algunas modificaciones y superaciones de déficit, lo que en gran parte se hizo, pero respecto del cambio de los fundamentos impuestos de ese orden el debate fue acallado.

GDF: Por el problema de la gobernabilidad.

MAG: Por el problema de la gobernabilidad, y eso era básicamente la amenaza de la regresión autoritaria. Bueno, todo el mundo sabía que el día 5 de octubre en la noche, Pinochet intentó hacer un golpe, y que desde ese momento cualquier análisis serio muestra que era imposible que lo hubiera hecho, si no le resultaba esa noche. Entonces no había ningún riesgo de regresión autoritaria, ese es el punto, pero eso no se debate, los que decíamos eso quedamos excluidos. Entonces cuál es el problema: es una elite que no hizo el debate interno, que no entendió ni consultó a historiadores ni pensó, sino que quedó obnubilada con el éxito. Entonces se hizo lo que se pudo, no se pudo cambiar el orden social.

GDF: Pero hubo un debate incipiente que fue el del 97.

MAG: Exacto. En realidad, uno puede hablar de tres visiones o posiciones respecto de esto. Por un lado, había quienes decían “esto es lo único que podíamos hacer, no se puede hacer otra cosa, porque viene una regresión autoritaria...”. Este es el mundo de los pragmáticos. Una segunda posición era la de los que se planteaban una crítica al modelo socioeconómico y político, pero con dificultades para plantear una alternativa. No nos gusta el modelo, se puede cambiar, pero sin fuerza o propuesta alternativa global. Este es el mundo de los llamados en el seno de la coalición de gobierno autoflagelantes. Y el mundo crítico donde estaba Tomás Moulian, yo y otros dentro y fuera de la Concertación.

DMP: ¿No había propuesta de modelo alternativo en el seno del sector gobernante?

MAG: Así es. Hubo sectores que no pudieron imponer la idea de que había que hacer algo distinto, que había que superar el modelo neoliberal, y se apoyaban en estudios, entre otros, el informe PNUD 1998. Paradojas de la modernización (inicialmente se llamaba Malestar de la modernización) y muchos otros, pero, como hemos dicho las críticas no tuvieron la fuerza para transformarse en proyecto alternativo.

Y por último estaba el mundo de los satisfechos con lo realizado, no solo porque era lo único posible sino también porque era lo deseable y lo mejor. Este sector tuvo enorme fuerza en el gobierno, quizás inicialmente tenían la visión de lo único posible, pero terminaron de

alguna manera entusiasmándose, amando lo que se estaba haciendo sin ninguna autocrítica. Así, hay un sector al cual usted puede achacarle lo que el mundo del Frente Amplio le achaca a toda la Concertación y no es justo achacárselo a toda la Concertación.

O sea, o “no se pudo”, “no se supo” o “no se quiso” plantear la cuestión central que muchos años después —a partir de las movilizaciones de 2011-2012 y retomada por el programa del segundo gobierno de Bachelet—, se impondría hasta hoy y que está en el fondo del estallido: la superación del modelo de sociedad heredado de la dictadura, solo parcial aunque significativamente corregido por la Concertación.

DMP: Además desconectado de la base social.

MAG: Sí, pero aquí hay que aclarar esto: ¿dónde estaban los movimientos sociales y los ciudadanos? Los mismos estudios muestran que estaban en gran parte consumiendo o en los malls. El ciudadano no es solo una víctima, aunque sí sea una víctima. Hay una mutación que se iba produciendo de un *demos*, que antes eran las clases, el pueblo o la ciudadanía clásica, a una mezcla de ciudadano consumidor, que defiende sus derechos pero que extiende sus derechos a sus aspiraciones de consumo.

GDF: Esto es parecido a lo que vimos en el debate sobre el tema de pensiones, mientras el movimiento social levantaba la idea de un sistema que sea efectivamente solidario, más lejano de la capitalización individual, lo que mostraban las encuestas es que las personas estaban más en la lógica individualista de “mejórenme a mí la pensión”.

MAG: Exactamente. Entonces todo eso fue generando un tipo de sujeto social, no político, que va a rechazar lo político institucional. Pero ¿cuándo empieza a rechazar lo político institucional? Por un lado, debido a las consecuencias del modelo socioeconómico y cultural que enfatizaban el individualismo y, por otro lado, la conducción elitaria de la coalición de gobierno, la Concertación, a lo que se agregan posteriormente los casos de corrupción que fueron generando esta ruptura entre la política institucional, especialmente los partidos, y la sociedad y los actores sociales. La derrota de la Concertación en las elecciones por primera vez con el triunfo de Piñera en 2010, provocada menos por la “derechización” del electorado que, por la propia división de la Concertación, fue un hito muy importante. La creación de la nueva coalición de centro izquierda que incorporaba al Partido Comunista no logró reconstruir esos lazos entre política institucional y sociedad.

GDF: Entonces la pérdida del gobierno el 2010 es por incapacidad de la coalición gobernante más que por la derechización de la sociedad chilena.

DMP: Sí, pero se fortalece el discurso antipolíticos tradicionales, y eso va generando mayor quiebre con relación a lo que es la política.

MAG: Hasta el término del primer gobierno de Bachelet, la palabra Concertación era la palabra mágica en Chile. “Yo no voto por un partido, yo voto por la Concertación”. Eso es lo que decía la gente. Y en cuatro meses Concertación pasó a ser una mala palabra, cuando recién comienza el gobierno de Piñera, ahí.

La Concertación dejó de ser lo que era —recordemos que Marco Enríquez era parte de la Concertación—, tanto que hubo que cambiarla por Nueva Mayoría, entre otras cosas porque el Partido Comunista no iba a entrar a algo que se llamara Concertación, que habían criticado tanto.

El segundo gobierno de Bachelet, lo que busca de alguna manera, es recomponer y realizar un proyecto refundacional.

DMP: Volvamos al tema del segundo contexto para no perder el hilo.

MAG: Habíamos dicho que la particularidad del contexto chileno es básicamente la existencia de un modelo económico social y un sistema político, consagrados por la Constitución generada por la dictadura. Y entonces los gobiernos de la Concertación habían corregido ese modelo, habían tenido éxito en muchos aspectos, como los que habíamos señalado, pero no habían superado cuestiones centrales del modelo, síntesis de muchos otros, de la desigualdad en todas las dimensiones de la vida social. El crecimiento para la gente se había transformado fundamentalmente en endeudamiento, que era la cara negra de las mejores expectativas de vida. Hay que recordar que la gente en el 98 dice que el país está muy bien, pero que ellos no y diez años después la encuesta del PNUD, cambia el juicio sobre la situación del país ya que es considerada negativa. Hoy quizás la encuesta diría a mí me va mal y al país también. Y por eso el estallido, en medio de un gobierno de derecha muy incompetente y que quiere retroceder todo lo avanzado en términos de reformas estructurales, es un estallido que puede calificarse de total.

DMP: Y este modelo fue instaurado por la dictadura, vino con una Constitución que fue instaurada por la dictadura, y los políticos no han hecho nada, que se vayan todos y cambiemos todo.

MAG: Claro. Ahora hay algo de eso.

GDF: Creo que estamos cerca, pero todavía no está instalado el “que se vayan todos” al estilo de lo ocurrido en Argentina a principios de los 2000.

MAG: Quizás los gritos no son iguales y yo creo que hay una diferencia con otros casos, por ejemplo, el argentino. Aquí en Chile se combina el rechazo a los políticos con la ausencia de un espacio de legitimidad de la política, es decir, rechazo a la política institucional en sí misma.

El segundo contexto es que se ha heredado un modelo económico social y político, que no se cambió, por las razones que hemos dicho de cómo jugó la Concertación, lo que se pudo, lo que no se pudo, lo que se supo, lo que no se supo, lo que no se quiso, etcétera. Producto del malestar en torno al modelo socioeconómico heredado que la Concertación corrigió en parte, pero no superó, llegan las movilizaciones del 2006 y después las de 2011 y 2012. Con estas últimas, que principalmente son estudiantiles, aunque no se reducen a ello, sino que son amplias y diversificadas, queda planteado, por primera vez, el tema de un proyecto histórico que consiste en superar el modelo económico, social y político. Porque el proyecto de la Concertación, las expectativas, el imaginario, lo que uno puede llamar un proyecto, en el sentido de lo que uno imputa a ese proyecto, era terminar con la dictadura, y también con el modelo neoliberal. Sin embargo, eso no fue el proyecto en concreto ni los programas. Ello se dejó de lado por una visión de superación de los déficits del modelo y no su reemplazo integral. Hay quienes dicen que no se dejó porque nunca hubo un proyecto de ese tipo. Yo creo que sí había en muchos y en las expectativas un proyecto de ese tipo y que no se haya realizado no tiene que ver ni con traición ni nada por el estilo, sino que las elites dirigentes lo entendieron de otra manera y evitaron el debate sobre ello. Así, la épica se fue perdiendo y eso es lo que cobra revancha con las movilizaciones y, por lo tanto, la crisis política. Pero, aparece el proyecto de Bachelet, en su segundo gobierno, que es un proyecto refundacional en las cuestiones centrales.

GDF: ¿Qué pasó con ese proyecto refundacional?

MAG: Hay dos problemas. Uno, el del sujeto político social: formado por partidos y actores o sectores sociales de centro izquierda que constituían una mayoría social y política, aunque no institucional por el sistema político consagrado en la Constitución. Ya no hay tal sujeto socio político, porque solo es un conjunto de partidos sin proyecto histórico común, impedido en gran parte por la Democracia Cristiana, que sin mayor contenido solo busca recuperar su hegemonía en alguna coalición.

DMP: Y entonces por eso siempre tuvieron el ministro del Interior, con todos los problemas que eso nos trajo para llevar adelante las reformas.

MAG: Pusieron a un ministro del Interior que era contradictorio con el proyecto, y que era precisamente para afirmar la autonomía. ¿Qué hubiese pasado si Michelle Bachelet, con el mismo programa cambia el orden de prioridad y pone en primer lugar la cuestión de la nueva Constitución?

GDF: Y comienza con el proceso constituyente.

MAG: Sí, si hubiera partido con el proceso constituyente.

DMP: Estaríamos en otro pie.

GDF: Probablemente habría sido otra cosa.

MAG: ¿Por qué no lo hizo? Porque salvo el dictador Pinochet, en Chile ningún gobierno se preocupaba en primer lugar de asegurar el poder político para realizar su programa.

GDF: Era imposible hacer las otras transformaciones estructurales de verdad, con un nivel de profundidad relevante, si no había un cambio en el fondo político.

MAG: Claro, se te diluyen y empantanar los otros proyectos y termina realizando solo transformaciones parciales, que generará más contradicciones y profundizarán el malestar.

GDF: Ahora, la Concertación fue presa de esa dinámica que se instaló con la transición, de avances paulatinos, pero sin demasiado ruido.

DMP: Necesitábamos mayoría.

MAG: La Nueva Mayoría no tuvo un proyecto, salvo lo que es el programa de Bachelet, pero que no es compartido plenamente por los partidos de gobierno. Pero además está la desconexión del sujeto político partidario con la base social.

GDF: Es decir, la sociedad.

MAG: Sí. El segundo problema que enfrentó el proyecto refundacional de Bachelet fue la brutal oposición de la derecha y sus medios de comunicación, como no se veía desde los años de la Unidad Popular, aunque esta vez no fuera golpista.

DMP: Para que no llevara adelante los cambios.

MAG: Pese a todo, el primer año de gobierno se había hecho gran parte de la reforma tributaria y educacional, con el fin del lucro, que iban al corazón del modelo neoliberal...

DMP: Y el sistema electoral.

MAG: Sí, el 31 de enero se termina con el binominal.

Hasta que se hicieron públicos los problemas de corrupción que afectaron también su entorno familiar y ahí Bachelet, pienso yo, perdió fuerza y entusiasmo para seguir liderando el proceso de transformación. Además de los otros dos factores señalados.

DMP: La oposición que tenía por parte de la derecha y dentro de la coalición con sectores de la DC.

MAG: Para cerrar podemos decir: el modelo económico-social chileno, es un primer aspecto. Y el segundo aspecto, que ya lo analizamos, es la ruptura, o sea, la desaparición del sujeto político, social, que había caracterizado la historia chilena, cualquiera fuera su variante ideológica.

GDF: Yendo ahora al estallido mismo, ¿por qué la gente tiende a empatizar con la movilización, con la demanda que hay detrás?

MAG: La gente siente que es también su demanda. Están pidiendo —en el caso chileno— que no se pague el pasaje del metro, están pidiendo fin del abuso, y lo otro que están pidiendo, aunque no se diga “seamos realistas, pidamos lo imposible”: también mi vida puede cambiar con esto. No es solo empatizar, porque si usáramos solo la idea de empatizar, significa que hay un actor conductor, con el cual yo empatizo.

Y este proceso de demanda de cambio fundamental de la sociedad se plantea claramente en las movilizaciones de 2011 y 2012. Entre paréntesis: a mí me parece que al 2011 y 2012 no se le ha dado la importancia que tiene en lo de hoy y yo creo que hay un mérito en el planteamiento de esta publicación de asumir ese punto de partida, lo que también ha hecho Mayol¹. Porque ustedes hablan del nuevo despertar y el movimiento, en la dimensión necesaria que tiene todo movimiento para existir y que consiste en identificarse y apropiarse de un momento histórico, hablaban del despertar de Chile: “Chile despertó”, incluso organizaciones que fueron centrales en el 2011-2012, hablaban de un despertar que parecería inédito.

DMP: Es que todos creen que inventaron la rueda. ¿Con continuidad o sin continuidad?

GDF: Esa es la pregunta, ¿es el mismo movimiento social o estamos hablando de un movimiento social distinto?

1 Se refiere a lo planteado por el sociólogo Alberto Mayol en su libro “Big Bang Estallido Social 2019 Modelo Derrumbado”, de Catalonia 2019.

MAG: Exactamente. Hay continuidad y cambio. En ambos casos el movimiento más profundo es el mismo, superación del orden económico, social y político llamado neoliberal, pero con actores y repertorios de acción muy diferentes, puesto que en 2011-2012 el actor principal era el movimiento y las organizaciones estudiantiles con las formas clásicas de acción de ese tipo de organización, y en el caso del estallido, los actores y sus repertorios de acción son mucho más variados y heterogéneos. Para analizar este último, en términos estrictos tenemos que diferenciar dos cosas: hay estallido y hay movimiento. Hay movilizaciones, esas movilizaciones fueron parte de un estallido, ese estallido puede ser un movimiento o no. Diría que el gran drama consiste en que el movimiento para transformarse en movimiento y no quedarse en el estallido, tiene que abandonar el estallido, y en la medida que lo abandona, tiene que mirar no hacia la base que lo produjo, sino hacia la salida, y no hay salida en el horizonte de los movimientos sociales que no pase por algo ontológicamente distinto que se llama política. Y eso significa entonces que cuando el movimiento logra separarse del estallido para tener proyección política ganó, pero vive ese momento como muerte.

DMP: Ahí viene todo lo que se denomina la traición.

MAG: Exactamente, pero el punto es que los movimientos, para continuar, para estar presentes, uno podría pensar en términos metafóricos: aspiran a una revolución permanente. O sea, si yo estoy en movilización permanente, yo soy el proyecto, el estallido **es** el movimiento, el movimiento **es** el proyecto, por lo tanto, no puedo dejar de estar en movimiento. Es posible que haya solo dos maneras que un movimiento se convierta realmente en el proyecto: una la movilización continua “sin parar” en que yo hago de la experiencia cotidiana de las movilizaciones lo permanente de la sociedad, como fue el caso argentino de los “piqueteros” durante varios años. Otros dirán que esto es también una ingobernabilidad permanente, hagan lo que hagan los políticos, mi vida y la sociedad consisten en el movimiento.

DMP: Podríamos decir que es como la postura de Salazar que dice que el pueblo ya asumió la voz constituyente y en eso está.

GDF: Hay un reemplazo de la elite política, de los mecanismos de representación tradicional. El constituyente constituido en la calle.

MAG: Creo que la ilusión del movimiento es siempre esa. La ilusión del movimiento es que ellos sí representan y son el conjunto de la sociedad. Y si no tuvieran esa ilusión no habría movimiento, no habría-

mos avanzado todo lo que se ha avanzado, ni Francia del 68 habría cambiado, sin gente que decía: “seamos realistas, pidamos lo imposible”, y que vivía en las calles y en su vivencia cotidiana la experiencia de que la sociedad había cambiado o “despertado”. Entonces se apega a eso. La segunda manera de realizar el proyecto, más allá de la movilización permanente es la revolución. En ese momento el movimiento ganó, pero al mismo tiempo es la fuerza política que ha tomado el Estado la que se identifica con el movimiento y este pierde su autonomía y tiende a institucionalizarse y desaparecer como tal. Así, en ambos casos, movilización permanente o revolución, si no se constituye una instancia diferente al movimiento, que es la política con su propia lógica y dinámica, pero que busca la implementación de las propuestas movimientistas, el movimiento corre el riesgo de descomponerse en el primer caso y desaparecer en el segundo.

DMP: La nueva realidad.

MAG: El movimiento aparece como la encarnación de la sociedad, como en otro momento fue la actividad política la que se identificaba con la sociedad. Y esta ilusión forma parte de la lógica de todo movimiento social y lo que le da su legitimidad. Sus triunfos o conquistas le reafirman esta legitimidad. Y por eso vemos, por ejemplo en nuestro caso, que las movilizaciones, los cabildos, no cesan y la apariencia es que esto ya no acaba. Y el gran error del gobierno es intentar terminarlo y volver a la “normalidad” sobre la base de la violencia represiva. Ello no puede sino reforzar el sentimiento de legitimidad del movimiento como único representante de la sociedad, para lo cual además tiene el rasgo fundamental de su diversidad. Pero, a su vez, si no hay una solución la movilización permanente tiende a agotar, descomponer o dividir el movimiento. De ahí la necesidad de volver a la política.

DMP: Y que hoy nadie hace.

MAG: Yo creo que sí hay momentos al respecto. En este sentido hay que valorar el acuerdo en torno al proceso constituyente con plebiscito de entrada para definir sobre una nueva Constitución y sobre el mecanismo, la implementación de ese mecanismo, ya sea una Convención mixta parlamentaria y ciudadana o plenamente ciudadana, y el plebiscito ratificatorio. Pero el gran problema es que todavía no existe ese espacio de legitimidad de la política como para encauzar las movilizaciones en torno a este proceso y una gran parte sí lo acepta, pero una parte muy importante sigue sin creer en ello y temen la cooptación.

GDF: Ese es el punto, usted dice que el movimiento se transforma en proyecto de dos maneras: a través de una revolución o una movilización permanente. ¿Esa movilización permanente busca o no la vía institucional?

MAG: En un momento determinado puede buscarla, lo que quiero decir es que, si la acepta, tendrá que verse enfrentado al dilema de conceder y negociar, lo que es más la lógica de la política que de los movimientos sociales. En este sentido, la novedad de estas movilizaciones respecto de todas las grandes movilizaciones de la historia chilena es que hay una movilización no desencadenada ni conducida o, vinculada a los partidos políticos, o a las organizaciones sociales, como fueron las del 2011 o 2012. Las grandes movilizaciones fueron siempre movilizaciones en que participaban los partidos, excepto las de 2011, pero ellas fueron dirigidas por organizaciones sociales.

Pero, si los partidos eran actores predominantes en las movilizaciones en Chile, incluidas aquellas bajo la dictadura, y con la excepción señalada, aquellos eran mucho más que partidos, eran movimiento, eran identidades, eran subculturas en que quienes participaban tenían incluso formas de vida diferentes según su adscripción. Eso hace que no se pueda hablar de manipulación en esa época ni por parte de los partidos ni por parte de los actores sociales vinculados o identificados con ellos. El fenómeno era lo que hemos llamado de imbricación entre ambos.

DMP: Era parte del trabajo político.

MAG: Ni las organizaciones sociales ni los partidos políticos eran totalmente independientes, ni el movimiento social era totalmente independiente, había una autonomía relativa, pero había imbricación, entrelazamiento y ese yo creo que es el punto clave en ese periodo. Y eso es válido aun en dictadura, con todas las dificultades de la persecución y la represión. Y en el desencadenamiento de la transición, ¿qué más vinculación entre partidos, clases, sociedad civil —como quieran llamarle— que el plebiscito del 88? La gente no quería al comienzo participar, porque no creía, porque los partidos habían dicho que no había que creer nada de lo que hubiera hecho Pinochet, si lo está diciendo Pinochet es mentira, y fueron los partidos los que tuvieron que convencer y la gente creyó y forzó en su movilización a que terminara la dictadura, entonces uno dice: ¿quién fue el que ganó? Este sujeto político social que a la vez era sistema de partidos, pero a la vez imbricación con la sociedad y movimientos sociales. Eso se va erosionando a lo largo de los llamados treinta años siguientes.

GDF: ¿Usted reconoce en ese periodo el momento en que esa ruptura se hace inevitable? Porque evidentemente los partidos políticos, o la ausencia de estos, es clave para entender lo que ha ido pasando en estos años, pero esa erosión tiene que haber encontrado un punto de no retorno en algún minuto. ¿Usted reconoce en algún minuto el punto de no retorno? ¿Cuál es?

MAG: No diría en qué momento comenzó, porque es muy complejo, porque la manera en que se rearticula el movimiento social o actores sociales o sociedad civil con partidos en el plebiscito del 88, tiene algo de precario. Porque después ocurre una cosa que no había ocurrido nunca, que todos los actores de la conflictividad chilena, los actores centrales, que son los partidos de centro y los partidos de izquierda, excepto uno que es el PC que va a intentar capitalizar el descontento potencial, todos entraron a manejar el Estado. No estoy diciendo que ello fuera negativo, si no, no habría habido término de la dictadura, pero ¿qué le pasa al movimiento social? Si es que es cierta la hipótesis que estoy planteando de esta imbricación, lo que ocurre es que queda por primera vez sin el instrumento de organización, de movilización, de creación de identidades más allá de las dimensiones corporativas, de proyectos que tenían los partidos. Entonces eso va a hacer que poco a poco se vaya produciendo esta elitización, por un lado, y una gran desmovilización por otro, que después va a ser un intento de removilización que va a encontrar un solo partido, el PC, que de algún modo lo expresa pero que electoralmente significa muy poco en el ámbito de la política institucional predominante y legitimada. Esto es lo que se va a tratar de resolver después del hito que marcó la ruptura definitiva, el punto de quiebre, de no retorno de esta relación que es el 2011 y 2012.

DMP: ¿Por qué en el 2011 y 2012?

MAG: Porque recuerde usted que un representante del movimiento social se para arriba de la mesa del Senado y dice lo que se le ocurre y se va; porque los partidos le habían pedido a Piñera una entrevista para discutir la ley educacional, la solución a los problemas educacionales que estaba planteando el movimiento estudiantil, y los dirigentes estudiantiles le hacen ver a los dirigentes de la Concertación que no vayan a esa entrevista, y, entonces, ocurre el hecho inédito que un conjunto de partidos que pidió una entrevista con el presidente de la república dicen: me pidieron que no fuera así que cancelo la entrevista. Después vinieron los tiempos presupuestarios, pero en ese momento que era, a mi juicio, el momento en que partido y movimiento podían

reencontrarse, el movimiento estudiantil no está dispuesto a negociar nada con los partidos políticos por el recuerdo —y esto es una cosa que es muy importante— de las negociaciones del año 2006 que terminan con los políticos de gobierno y oposición de derecha tomados de las manos. Entonces el 2011 y 2012 es un punto de quiebre entre lo político institucional y el movimiento social. Esta era una movilización inédita porque venía del movimiento social sin preguntarle a los partidos. En este sentido, era inédita, no hay otra en la historia, por supuesto tampoco se reencuentra con los partidos; más bien si uno quiere simplificar las cosas, ese movimiento va a crear su propio partido.

GDF: Nace el Frente Amplio, se institucionaliza.

MAG: Claro.

DMP: El Partido Comunista que estaba ahí presente.

MAG: Pero ahí la novedad de la convocatoria a las movilizaciones es que no son los partidos, no es el sistema de partidos, no es la relación de partidos, pero sí son organizaciones sociales —en este caso estudiantiles— y esa es la diferencia con el 2019. Se puede decir que en 2011 y 2013 comienza un ciclo, se puede ver como continuidad, eso es cierto. Pero hay una cosa que es diferente, es que el 2011 y 2012 no es en términos estrictos un estallido, es un movimiento casi sin estallido, con movilización por supuesto, pero no es un estallido. Si uno lee el discurso de Camila Vallejo cuando asume la presidencia de la FECH, uno dice “pero ahí estaba lo que iba a hacer el próximo año”. Por supuesto estos movimientos plantean siempre un punto crucial, que puede tener que ver con la vida cotidiana: ya sea endeudamiento, ya sea pasaje de metro. Pero hacen que muchos otros se sientan identificados. La diferencia es que en 2011 hay organización social, que puede decir cuándo conversamos, cuándo no conversamos, cuándo terminamos, cuándo seguimos, por supuesto con divisiones internas, pero estas organizaciones juegan un poco —y esa también es una ilusión y una realidad—, el rol de la entidad política para el movimiento. No se vincula políticamente el movimiento con la sociedad, pero sí hay conducción política, no hecha por los partidos, sino hecha por la organización. La novedad del estallido es que no tiene conducción orgánica propiamente tal... Uno puede decir por supuesto que había estudiantes secundarios organizados respecto de la evasión del metro y eso es así, yo me recuerdo el mismo día jueves de haber entrado a una estación de metro e iba con mi tarjeta de adulto mayor, iba a pagar y unas personas muy simpáticas, muy jóvenes, todas vestidas de negro, se habían puesto al otro

lado del torniquete, abrían y decían “pasen, pasen, pasen”, esa noche es el gran estallido. Hay una organización. También hay organización cuando alguien dice “juntémonos a tal hora o hagamos tal cosa”, por supuesto que eso es organización, pero nosotros estamos hablando de organización social, en el sentido de organizaciones sociales con relativa institucionalidad, y la FECH, la Confech fueron fundamentales. Sin ellas, no habría habido la movilización del 2011 y 2012. Como la del 2006, que tiene una forma organizativa nueva, como la asamblea, pero estamos ante las distintas organizaciones de estudiantes secundarios. La movilización del 2019 no tiene entonces conducción orgánica, no hay en ella un interlocutor autorizado, nadie tiene interlocutor, y tampoco interesa al movimiento surgido de ese estallido, tener interlocutor en un primer momento. La Mesa de Unidad Social² va a ser muy importante a partir de cierto momento posterior pero nunca tendrá el rol de interlocutor oficial del movimiento.

GDF: Se logra mantener la unidad.

MAG: Sí, pero es una unidad que se expresa en los actos de movilización y en la explosión de múltiples y muy diversas demandas unidas solo por el principio de fin a los abusos y las desigualdades y el imperio de la dignidad, cuya significación varía según cada actor movilizado. Pero, si alguien se hubiera considerado interlocutor de lo que fuera, haciéndose portavoz de lo que la gente planteaba en las calles habría sido rechazado. Entonces esa es una expresión clara de una ruptura entre política e instituciones, por un lado, y gente o pueblo movilizado, por otra. Ruptura que como hemos dicho, se había producido antes. Cuando usted me dice el punto de no retorno, lo del 2011 y 2012, tiene la siguiente secuencia que creo que es muy importante considerarla. Y es que terminan las movilizaciones y no hay especiales cambios o transformaciones, entre otras cosas porque como no logró el movimiento vincularse con lo político, lo político institucional tomó su propia dinámica, que en este caso era la discusión presupuestaria. En Francia en Mayo del 68 significó que vinieron las vacaciones, además hubo una elección, se disolvió la asamblea. Se da una solución política que en cierta manera vincula a la ciudadanía. Aquí el 2011 en cambio el movimiento no quiso negociar, los políticos tampoco quisieron negociar y viene la discusión presupuestaria. ¿Entonces

2 La Mesa de Unidad Social reúne a más de doscientas organizaciones de la sociedad civil de diverso tipo. Son la articulación más numerosa de organizaciones y han sido convocantes relevantes de diversas manifestaciones.

qué ocurre? Ocurre que el país sigue una vida política que hace pensar a muchos que hay que cambiar ciertas cosas, pero que sigue existiendo un sujeto político social, y como las diversas secuencias están determinadas por plazos institucionales, vienen las elecciones. Y, así, el fenómeno a mi juicio fundamental: que es otra ilustración o demostración de que estamos frente al punto de quiebre: frente a una movilización por primera vez hecha por organizaciones sociales representativas pero que no se representan en el sistema político. Frente a esas movilizaciones, ¿qué hacen los políticos?, lo que saben hacer, y en algunos casos muy bien. Michelle Bachelet encabeza un programa determinado estrictamente en su inicio por las tres demandas del movimiento estudiantil: reforma educacional que haga primar lo público sobre el mercado, reforma tributaria que allegue recursos para lo primero pero que además contribuya significativamente a la disminución de desigualdades -ambas encaminadas a la superación del modelo económico social impuesto por la dictadura y corregido parcialmente por la Concertación, como hemos dicho- y nueva Constitución destinada a crear un nuevo orden político en el que se haga posible lo primero y que sea plena expresión de la voluntad popular. Se agregará la propuesta de reforma laboral planteada por el PC al integrar esta nueva coalición, la Nueva Mayoría, y muchas otras del ámbito de las libertades. Pero el núcleo de este programa refundacional estaba constituido por las demandas de las movilizaciones del 2011-2012. Se trataba de un proyecto refundacional, que incluye al PC. La idea que está detrás es que sigue funcionando el mismo sujeto político social formado por masas, gente, clases, organizaciones sociales y partidos políticos, solo que no está completo, el sujeto que derrotó y que inició los gobiernos democráticos era un sujeto político social de centro izquierda, pero en el cual no estaba una de las organizaciones políticas clásicas que había sido columna vertebral de la izquierda junto con el Partido Socialista, que era el Partido Comunista. Entonces qué es lo que hace Bachelet, y en ese sentido sin duda si a mí me preguntan quién es el personaje político después de Allende más importante de Chile es Michelle Bachelet.

DMP: Es que se hace cargo de la demanda estudiantil, trae al Partido Comunista. Estableció un programa de gobierno refundacional necesario en ese momento histórico, tuvo una mirada política para el momento que se vivía.

MAG: Ella recogió el proyecto histórico que viene de la sociedad por primera vez, que no viene de la política, viene de actores sociales.

Recogió, lo llevó a la clase política, esta lo transformó en programa de gobierno, y completa un sujeto político, ampliando la Concertación, solo que ese sujeto político ya no era la sociedad, y ya no la representaba. Porque se ha disociado la relación político-social histórica. ¿Cuál es la mejor expresión de eso? Que vota bastante menos que el 50%, lo que no había pasado en décadas. Es decir, se siguió pensando que como se tenía la mayoría -Nueva Mayoría, no es un mal nombre-, ella representaba al conjunto de la sociedad y era nueva mayoría política-social como había sido la Concertación en su origen. Y no lo era. Se intenta hacer un proyecto refundacional por parte de actores políticos que ya no expresan al mundo social. Y el significado más profundo del estallido social es que expresa la posibilidad de retomar ese proyecto refundacional, pero sin creer en los actores políticos para llevarlo a cabo. Y por eso la expresión, no son treinta pesos, son treinta años.

DMP: 46 años.

MAG: En realidad es eso. Es una injusticia pensar que se trata solo de los treinta años de democracia. Se trata de 46 años de un modelo de sociedad, que en parte y gracias a la política de partidos, se ha vivido en democracia. Que se rechaza, pero también con componentes que se dan en otras partes del mundo como decíamos al comienzo, y que tienen que ver con el rechazo a un tipo de modernidad y de búsqueda de un nuevo tipo de democracia.

DMP: Se habla del estallido. Está bien...

GDF: Y para agregar, si bien era muy difícil establecer cuándo iba a ocurrir específicamente algo como un estallido social, lo cierto es que desde hace mucho tiempo había señales de malestar crecientes...

MAG: Sobre todo en el plano de las desigualdades y el tema del abuso y del maltrato.

GDF: De la desigualdad subjetiva.

MAG: Sí, el sentir la desigualdad sobre todo en la miserabilidad de la vida cotidiana sin un horizonte de cambio y con un gobierno triunfalista de derecha, sentir que se va a volver atrás en lo conquistado por el gobierno anterior.

GDF: No es casualidad que el movimiento del 2011, 2012, y este, ocurran con un gobierno de derecha.

MAG: No es casualidad. Y si alguien me dice si esto hubiera ocurrido en un gobierno de centro izquierda, no habría ocurrido igual.

GDF: No, obviamente.

DMP: Y tan mal conducido por un gobierno, jamás.

GDF: Lo que no quiere decir que aquí haya intervención extranjera ni el foro de Sao Paulo operando. Hay otra lógica detrás.

MAG: Hay que evitar las teorías conspirativas. No habría ocurrido igual porque si bien ya se había producido el distanciamiento señalado con la política, con el segundo gobierno de Piñera se habían perdido las expectativas de poder mejorar la situación, y en el primer año de su mandato se había esmerado en intentar revertir las reformas del gobierno de Bachelet, con lo cual el espacio de la política perdía toda legitimidad. Por lo tanto, la resignificación de la política quedaba a cargo de las expresiones de protesta, las movilizaciones en la calle, la acción directa, las manifestaciones generacionales, y no de los actores políticos clásicos que habían perdido legitimidad.

DMP: Y ahí sale el informe del PNUD de la repolitización o nuevas formas de hacer política.

MAG: Sí, pero yo creo que se trata de una repolitización incompleta, porque tiende a predominar el aspecto de acción personal y grupal o la proyección de mi vida cotidiana. Hay una dimensión societal, ciudadana, de la polis, del destino común, del modelo económico, de las relaciones de poder, que tienen su propia densidad y que estas nuevas formas de politización tienden a subvalorar.

DMP: O reducirlas al yo ciudadano.

MAG: Por supuesto. El yo ciudadano es una dimensión indispensable, pero hay que reconocer algo que está más allá de él...

GDF: ¿Eso es la política como esfera distinta? ¿Qué relación hay entre la política y los movimientos sociales?

MAG: Quizás sea mejor hablar de dimensiones, como la económica, la social, la política, la cultural, porque “esferas” tiende a encerrar las dimensiones en sí mismas, cuando ellas están siempre presentes de algún modo, aunque deban ser distinguidas, porque tienen sus propias lógicas y también instituciones. En este sentido es bueno distinguir lo político que tiende a abarcar la totalidad de la vida social porque se refiere a las relaciones de poder que determinan la dirección general de esta, de política como actividad específica. Los movimientos sociales por supuesto que se refieren a lo político, pero su ámbito de acción es distinto a la actividad política. La gran crítica que puede hacerse hoy es que la actividad política tiende a escindirse de la preocupación por lo político y queda encerrada en su propia dinámica y los intereses de quienes la

ejercen. Es bien interesante volver al tema del movimiento de Las Tesis³, expresión del movimiento feminista, durante el estallido social que nos ocupa. Se trataba de un movimiento que se refería a lo político, pero no a la actividad política y, sin embargo, tuvo un efecto fundamental para la actividad política como fue la cuestión de la paridad de género en el proceso constituyente.

GDF: ¿Pero no es política la discusión sobre un orden patriarcal? Es profundamente política, porque tiene que ver con la distribución del poder.

MAG: Por supuesto, por eso digo que tiene un significado político esencial, aunque no pertenezca a la dimensión, de la actividad política propiamente tal.

DMP: Pero yo creo que ellas trajeron un discurso altamente político, oxigenaron el estallido y el movimiento en un momento álgido...

MAG: Sin duda. E insisto en que he dicho que tuvieron una consecuencia política fundamental. Un movimiento básicamente social, no político, porque no quería entrar ni ser atrapado en la dinámica política, sin embargo, tuvo consecuencia política. ¿Qué significa eso? Básicamente lo que estoy tratando de señalar, es que hay una diferencia entre las dos cosas, porque si el movimiento fuera el actor político, son ellos los que tienen que imponer la paridad. Y los que están imponiendo la paridad, por delegación de ellos, son actores políticos, el Parlamento, los partidos.

GDF: La paridad se hace posible ahí.

MAG: No habría sido posible sin la movilización feminista y sin Las Tesis, que no hablaban directamente de la paridad en el proceso constituyente en ese momento, porque su lógica era otra, muy empapada de lo político, pero lejana de la actividad política.

DMP: No hay una conducción...

MAG: Se trata como todo movimiento social que no acepta una conducción que no venga de sí mismo. Como hemos dicho la lógica de un movimiento social es identificar su acción como la instancia política. Lo que quiero decir es que la ilusión del movimiento es que la política es el movimiento. Si no tuviera esa ilusión no habría movimiento. Pero

3 Las Tesis es un colectivo feminista que se originó en la ciudad de Valparaíso en Chile y que ha tenido gran impacto por las múltiples expresiones callejeras que ha habido en Chile y el mundo de la canción "Un violador en tu camino" que partió como una obra de teatro que se ha transformado en una performance que ha tenido lugar en diversas partes del mundo.

es una ilusión porque hay una entidad de la política no reductible al movimiento, y que en algún momento se tiene que distanciar.

GDF: Por supuesto, lo que hablábamos al principio. Por eso, lo que se confunde hoy en día, yo creo, en la discusión, es que el movimiento tiene que ser la respuesta a la política, y la política tiene que transformarse en movimiento. Son dimensiones y esferas distintas de la sociedad.

MAG: Absolutamente, ese es todo el punto.

GDF: Pero frente a la deslegitimidad de la política...

MAG: El gran problema es la desaparición del espacio de legitimidad de la política, y su reemplazo por la legitimidad de la acción directa, en la que están presentes diferentes subjetividades. Una de ellas, en ningún caso la única es el nihilismo societal, y todas tienen en común el rechazo a la política institucional. Y su reemplazo por la acción directa. Con ello no queda espacio para la legitimidad de la política, la que queda reducida a las interacciones de la elite y a la visión represiva de un gobierno que cree que el orden público puede establecerse sin recurso a la política, es decir a través de las violaciones a los derechos humanos. También se abren espacios para la violencia delictual y el vandalismo.

DMP: Y donde los dos contextos que conversamos se aúnan en esa deslegitimidad de la política.

MAG: Los dos contextos, exactamente, el de la sociedad contemporánea con su crisis de la democracia y el de herencia de la sociedad pospinochetista. Se trata de contextos entrelazados y que se influyen mutuamente. Y esta interacción en una coyuntura precisa, más allá de su permanencia latente, se llama estallido social.

DMP: O sea, hacemos bien al hablar de estallido.

MAG: Claro. Pero lo importante de esto es que es estallido y movimiento. Y que el estallido se puede comer al movimiento. Y si el estallido se come al movimiento, la violencia en cualquiera de sus dimensiones ya sea desde el Estado o el vandalismo y la violencia delictual se va a imponer sobre la política, y va a ocupar el espacio de legitimidad de la política. Lo paradójico es que fue esta última violencia la que movió a los actores políticos a establecer acuerdos políticos que significaron un gran avance como los acuerdos para el proceso constituyente.

GDF: O sea reestablecer el orden supone el recurso a la política.

MAG: Por supuesto el problema de fondo es reconstruir la sociedad polis, el espacio representativo, participativo, expresivo y deliberativo en que se debate y se toman decisiones sobre el destino común.

DMP: Pero ¿cómo se construye la nueva forma de relación entre lo político y lo social históricamente?

MAG: Se trata de un proceso largo y complejo que tiene generalmente algunos hitos fundacionales, como pueden ser en democracia elecciones en que se redefinen o surgen liderazgos y actores políticos nuevos. En Chile tenemos la experiencia del plebiscito de 1988 que plasmó muy significativamente la relación entre la gente y los actores políticos. Pero en el último tiempo ello no ha sido así y las elecciones han expresado y profundizado la ruptura entre política y sociedad. También pueden ser grandes tragedias o derrumbes económicos, en que aparece la necesidad de una refundación de la relación entre política y sociedad a través de grandes acuerdos a la vez socioeconómicos y políticos-culturales. Fuera de la democracia, liderazgos personalistas y autoritarios juegan ese papel, aunque al precio de imponer una sola política y suprimir las libertades.

GDF: ¿Populista?

MAG: Pueden ser populistas o no. Pero hay que tener cuidado con estigmatizar el populismo como si fuera uno solo y no un componente necesario de toda política, entendido como apelación a un sujeto social o popular que requiere siempre un componente institucional para ser democrático. La política democrática es, a la vez, institucional y populista. O sea, apela a algo que está afuera de las instituciones, pero no puede realizarse sin instituciones. Pero no nos enredemos en esta discusión y volvamos a la necesidad de hitos fundacionales para construir la relación política-sociedad y actores sociales. Una de las dificultades es que en el trasfondo de la actual ruptura existen múltiples clivajes y no solo uno o dos (ya fuera el de clases o el religioso, por ejemplo) y entonces es difícil la creación de actores políticos que representen el conjunto de esos clivajes. A mi juicio, si hay uno que puede resumirlos todos en un determinado momento, aunque no agote la diversidad de ellos, es el orden socioeconómico, político y cultural heredado de la dictadura versus un orden que lo supere en términos de igualdad y dignidad. Por ello un hito fundante de las nuevas relaciones entre política y sociedad puede ser el proceso constituyente, en el que se encuentren ambos mundos, que se inicia con el plebiscito. Pero para ser fundante deberá ser la expresión a la vez de la propuesta de un nuevo orden y modelo económico y social y de gobierno democrático del país, con todos los rasgos de su diversidad.

DMP: Claro, donde hay espacio de deliberación. Pero hoy faltan posibilidades de conversar, de diálogo, de entenderse.

MAG: Claro. Las movilizaciones son democracia expresiva. No deliberativa, ni tampoco institucionalmente participativas.

DMP: De la expresión del malestar, a la deliberación, a la constitución de un algo común. Pero para eso necesitamos liderazgos muy fuertes y hoy día eso no se vislumbra en ninguna parte.

MAG: Creo menos en los liderazgos y más en los procesos. El estallido fue el momento del big bang de la relación entre política y sociedad. La construcción de una nueva relación pasa como hemos dicho por transitar del estallido al movimiento y al proyecto y por un proceso constituyente que se inicia con un plebiscito, lo que está en la memoria del sujeto social.

GDF: Y puede rearticular todo. ¿Ahora qué democracia necesitamos construir a partir de las demandas ciudadanas vigentes y cómo hacerlo con la deslegitimidad de los actores políticos tradicionales que observamos?

MAG: Detrás de las demandas, entre las que aparecen más inmediatamente y más recurrentes —que son el mejoramiento de pensiones, el sistema de salud, la educación y mejores salarios, y también seguridad ciudadana— y el modo en que estas se han expresado, es evidente que no se trata solo de una suma de demandas y que hay detrás la idea de una sociedad en que no solo estos campos funcionen bien y en forma igualitaria, sino que no existan —y ese es el componente utópico— abusos y desigualdades, y detrás de eso está permanentemente el concepto de dignidad...

Lo que hay, entonces, es la demanda por un nuevo orden social, económico y político, y entonces el punto de referencia es el actual orden social y esto es lo que se trata de superar, y si pensamos entonces en que lo que se busca, lo que está en el horizonte —y la existencia de un horizonte referido a la superación del orden heredado de la dictadura y corregido, pero no superado posteriormente, es lo que diferencia este estallido de otros casos latinoamericanos donde no siempre las demandas van acompañadas de una dimensión refundacional— es un nuevo tipo de sociedad, es evidente que hay que considerar que ese tipo de sociedad tiene o debe tener un nuevo régimen político. Y entonces la demanda por un nuevo tipo de sociedad, por una sociedad que asegure en todos los campos la dignidad y al mismo tiempo la dignidad individual, las personas, el respeto y la promoción de la diversidad, y todas aquellas otras cosas que van aparejadas, esa sociedad supone un régimen político, y ese régimen político no es otro que la democracia.

Sin embargo, y ya lo hemos dicho, la democracia hoy día aparece como un sistema político incapaz de resolver los problemas fundamentales de la sociedad y los problemas de la gente. Hay una valoración —y todos los estudios lo muestran— de la democracia y una crítica a su funcionamiento, pero yo creo que más allá de esa crítica a su funcionamiento ideal, digamos, de la pérdida de legitimidad de un espacio político, lo que hay también, es un descontento no solo por cómo funciona esta democracia, sino respecto de la capacidad de un régimen político y de los actores que se mueven en él para resolver los problemas de la sociedad y de la gente, y de imaginar y plantear el futuro. En el fondo, hay una demanda por una democracia realmente representativa al mismo tiempo participativa en lo institucional y una democracia que hemos calificado como democracia expresiva y que es la que se manifiesta en las calles. En este sentido, no deja de ser interesante el último informe de *The Economist*, donde lo que plantea es que Chile por primera vez pasa a ser una democracia plena precisamente por las manifestaciones en las calles, por la organización de cabildos, es decir, por todo aquello que la gente siente como democracia en la cual ella está presente. Que no es solo la democracia participativa de tipo institucionalizada, sino que son, además, precisamente, las movilizaciones. No deja de ser importante eso que un momento que se ve como de crisis, sin embargo, sea el momento en el cual se considere a Chile por primera vez como una democracia plena.

DMP: ¿Cómo leemos bien esta nueva forma de democracia?

MAG: Creo que lo que está planteado es un nuevo orden social que respete la dignidad, que suprima los abusos, que avance cada vez más en la igualdad, y un régimen político en el cual la voluntad de la gente, la capacidad de representar los debates, los medios de comunicación, de alguna manera estén todos en la misma sintonía de generar una comunidad política con todas sus diversidades. En ese sentido uno diría que estamos en presencia de una mutación del sentido de la democracia y una búsqueda de instituciones nuevas que sean capaces de expresar este nuevo sentido de lo que hemos llamado una democracia expresiva, pero también, los componentes de una democracia deliberativa no están presentes en el régimen actual. Existe un cuestionamiento bastante profundo, y esto no solo en Chile, de la capacidad del régimen político de resolver los problemas de sociedades globalizadas, entonces, en medio del desprestigio de la política esa demanda se expresa en Chile fundamentalmente en términos de una demanda de una profundización de la

democracia y de la superación de todas aquellas trabas que existen en términos de expresión de la voluntad popular y por lo tanto, de creación de mecanismos que amplíen la soberanía popular. Esto significa que está planteado un piso ético que hace que los actores, al menos algunos muy significativos y la opinión pública misma, no descansen mientras no vean avances, lo que significa a su vez que las movilizaciones en sus diversas formas van a continuar, a veces encauzadas por el proceso constituyente, otras como protestas sin canalización.

Esto es, como ya se ha señalado en la literatura, empieza una mutación de la democracia, en el entendido que va a ser siempre un régimen político pero un régimen que va a tener como lo más democrático la combinación de inclusiones democráticas con experiencia democrática de los grupos y sectores sociales, y esa experiencia democrática no puede ser vista solo por un pueblo considerado como la pura posibilidad de expresión de demandas individuales, de protestas, de descontento, tiene que ser también generación de una voluntad colectiva. Y yo creo que el gran problema de la democracia chilena es que estamos en presencia —y creo haberlo dicho en otros puntos de la conversación— de una sociedad profundamente dividida en donde no existe lo que se llama el *affectio societatis*, es decir, la voluntad de todos de construir, algunos le llamaron una casa común, un mundo común, un país, una comunidad política. Lo más debilitado en todo este tiempo ha sido precisamente la idea de polis, y existe la idea que los problemas se resuelven fundamentalmente a niveles individuales o de expresiones de grupos fácticos. Entonces, precisamente yo diría que las movilizaciones pueden ser leídas también, y el estallido, en términos de la crítica bastante radical a la democracia que existe y la apelación o postulación utópica de una democracia que sea realmente expresión de la soberanía popular entendida no solo como la suma de las expresiones individuales sino como la expresión de una voluntad colectiva de construir una sociedad.

GDF: Entonces ¿estamos frente a un cambio de paradigma o una coyuntura crítica en nuestro sistema político? ¿qué podemos esperar del futuro?

MAG: Creo que el estallido puede ser considerado, sin duda, una coyuntura crítica, un momento crítico, y uno podría decir 'mire, este ciclo de momentos críticos comienza el 2011, 2012, y esta podría ser una culminación. Es la tesis que han sostenido algunos. Que estamos en una coyuntura crítica en el sentido técnico del término es fundamental.

Ahora, las coyunturas críticas, es obvio que pueden tener distintas evoluciones, pueden transformarse en un proceso que recoge el conflicto central de esa coyuntura crítica y, por lo tanto, uno podría decir “pueden llevar al cambio de época”. Las coyunturas críticas pueden ser el inicio de una nueva época y entonces en ese sentido logran un carácter fundacional. Es, como podríamos señalar, lo que ocurrió con la coyuntura crítica de los 20 en Chile en que emergió, después de varios años, el tipo de sociedad con las reformas consiguientes posteriores, que conocimos hasta el momento de la dictadura. Por supuesto que el golpe militar fue una coyuntura crítica, obviamente negativa, y también generó un cambio de época. Creo que aquí estamos también en esta posibilidad que esta coyuntura crítica genere un proceso largo y complejo, un proceso de fundación o refundación de las bases de nuestra convivencia y de los proyectos del futuro. Si ello no fuera así, el país viviría una época también larga de descomposición y crisis permanente.

En este sentido, tengo la impresión de que el estallido es una coyuntura crítica. El movimiento social que lo desencadena es un movimiento muy diverso y que no tiene un solo actor que lo controle, es un sujeto complejo, un movimiento que es continuación, pero al mismo tiempo transformación del movimiento 2011-2012, es decir, el movimiento de superación de la sociedad pospinochetista en términos de los desafíos que la sociedad plantea hoy día, con sus nuevas características, los nuevos principios de la modernidad que vienen del paso de una sociedad industrial de Estado nacional a una sociedad postindustrial globalizada, que algunos han llamado sociedad informática, digital, en fin. Entonces, hay componentes civilizatorios que van más allá de un solo cambio de época política.

La importancia de la demanda y del movimiento feminista es una expresión de eso. También lo es la demanda o el movimiento medioambiental y todas estas voces que son fundamentales, a mi juicio, están de alguna manera presentes cuando se produce la demanda por superar la actual sociedad que a mí me gusta llamar la sociedad pospinochetista o de neoliberalismo corregido. La actual sociedad que se quiere superar es el actual modelo económico social heredado de la dictadura y corregido por la Concertación, pero que no dejó de ser, y no deja de ser visto, a veces con mucha rabia, como un orden social abusivo en que mandan los poderes fácticos y que generan desigualdades, injusticia y abuso. No solo eso, sino que también se incluyen los elementos de esta crisis de la

modernidad donde los principios de horizontalidad, por ejemplo, son fundamentales, y donde todas las instituciones son cuestionadas. Hay que pensar lo que pasó en Chile en cuatro o cinco años, la institución clásica de nuestra sociedad que era la familia, el matrimonio, ha sido cuestionado no solo del punto de vista como forma de vida, no solo desde el punto de vista institucional, las leyes de divorcio y todo eso, sino también como institución en sí misma. El tema del matrimonio igualitario, por ejemplo, es evidente que tiene un componente civilizatorio.

En estas crisis, entonces, se expresan también conflictos en torno a principios que han venido arrastrándose desde hace siglos. La dureza de la crítica feminista al orden patriarcal es de orden civilizatorio. Entonces, lo que tenemos no es solo la demanda por un nuevo orden social político y económico distinto al que heredamos, sino incorporar en eso las dimensiones civilizatorias que tienen que ver con el medioambiente, con las relaciones de género, con la diversidad cultural, etc. Y esto es lo que está en juego. De ahí la profundidad y la extensión de la crisis que vivimos y la sensación para muchos que se tambalea el piso completo.

Ahora, todo esto, cuando hablamos de alguna coyuntura crítica o de algún estallido, hay que plantearlo en términos cuidadosos, porque, como ya dijimos, puede ser que el aspecto “movimiento” o “proyecto”, que incorpora estos componentes de superación de la sociedad heredada desde dictadura con las transformaciones que ha tenido y la generación en todo el mundo de nuevos modelos de modernidad, de constitución de sujeto, de organización de la vida social, todo esto puede, en algún momento, ser revertido o no encontrar un cauce y entonces vivir tambaleándonos de crisis en crisis, como ha ocurrido en otros casos, incluso en nuestro país. Entonces, el desafío es cómo se aprovecha la coyuntura crítica para transformarlo en un proceso fundacional.

DMP: ¿Se trata de la superación del modelo neoliberal?

MAG: Bueno, repitiendo un poco, cuando se habla de modelo neoliberal, se alude fundamentalmente al modelo de organización social, económica y política heredado de la dictadura y que fue, de alguna manera, corregido y superados algunos de sus déficits por los gobiernos democráticos de centro izquierda con un intento más global de superación de ese modelo en el gobierno de Bachelet, como lo vimos anteriormente. Ahora, yo prefiero hablar de la sociedad, lo que llamamos la sociedad postpinochetista, o sea de la sociedad heredada de la dictadura y corregida, en fin, más que del modelo neoliberal, que daría cuenta del conjunto, pero no de-

fine todos los rasgos de esa sociedad. De hecho son los rasgos neoliberales sin duda predominantes en las distintas esferas de la sociedad y la vida cotidiana, pero la sociedad no se agota en eso y en ese sentido, entonces, lo que el estallido, y las demandas, y las movilizaciones están planteando es queremos una sociedad distinta a la que hemos vivido, y que fue heredada de la dictadura, y que tiene una Constitución impuesta de la dictadura por más que se hayan hecho algunas modificaciones, queremos una sociedad distinta. Esa sociedad implica superar el modelo neoliberal, pero también bastante más que eso, o digamos, no solo eso: está en cuestión el modelo de desarrollo, el modelo de relación con el medio ambiente, el orden patriarcal, el modelo de convivencia autoritario o jerarquizado, etc. Y todo ello está atravesado por el neoliberalismo, pero no puede definirse solo en esos términos, y la lucha contra el neoliberalismo, condición necesaria, no va a resolver completamente todas estas cuestiones.

Se podría decir que el modelo de desarrollo extractivista clásico en Chile tiene rasgos o que es afín al modelo económico neoliberal, pero no necesariamente es neoliberal. Existen modelos extractivistas básicamente dirigidos por el Estado en donde este es el principal agente e incluso propietario de los recursos naturales, de modo que el estallido significa —y en eso retoma como he dicho las movilizaciones de 2011-2012— la superación de la sociedad heredada en todos los distintos campos, y eso incluyendo además transformaciones o superaciones que tienen que ver con el modelo de modernidad.

DMP: ¿La búsqueda de la superación de esta sociedad fue la causa del estallido? ¿Y será la consecuencia de él?

MAG: Yo creo que evidentemente uno puede decir en términos abstractos y generales que la causa del estallido es el hastío de una sociedad y de distintos sectores de ella, especialmente los más afectados ya sea por las realidades de la desigualdad, del endeudamiento, de los abusos, ya sea por la frustración de sus expectativas. Estas cosas están todas ellas mezcladas unas con otras y son las que dan el origen a la rabia y a la búsqueda de querer cambiar las cosas y la política que no nos sirve para cambiarlas, por lo menos la política como ha sido hasta ahora. Entonces yo diría que si bien es el malestar la causa del estallido y el no encauzamiento de este malestar por rechazo de las formas políticas establecidas hasta ahora, lo que hay detrás de este malestar, como he tratado de plantearlo, es la búsqueda de la superación de la sociedad heredada de la dictadura y que caracterizamos como modelo neoliberal, pero que tiene muchos otros aspectos que

no son solo encapsulables en el concepto de lo neoliberal. Y en este sentido, entonces, insistiría en que lo que las demandas y las movilizaciones han planteado es una especie de piso ético que tiene que ver con la superación de las desigualdades de un orden económico y social en que el abuso es predominante en todas las distintas dimensiones —y en eso es muy importante la dimensión de género—, es decir, el rechazo a esa sociedad y el percibir que hay indicadores, políticas y voluntades de superar esa sociedad a través de medidas que no son solo resolución de demandas inmediatas, sino que son medidas estructurales de creación de un nuevo orden. Un proceso por el cual se reencuentre la política, que no tiene hoy día espacio de legitimidad, con el mundo social y con los diversos actores. Esas, a mi juicio, son las dos condiciones por las cuales uno podría decir: “sí, estamos en un proceso, el estallido sirvió no solo para expresar el malestar y el rechazo sino también para generar un proceso de transformación que lleve a otro modelo societal y a otra vinculación con la política”.

GDF: ¿Cómo entonces se relaciona lo vivido con la denominada tercera ola feminista en términos más específicos?

MAG: Es posible que en el inicio del estallido el componente feminista no aparezca, digamos, tan directamente, porque aparecen las demandas que tienen que ver con el impacto en la vida cotidiana, fundamentalmente el tema del pasaje del metro y otras. Pero es difícil que se produjera una movilización tan masiva, tan diferenciada, tan radical respecto de las demandas y de las condiciones para terminar con las movilizaciones, para deponerlas, sin el 8 de Marzo de 2019, las movilizaciones de la conmemoración del día internacional de la mujer que fueron de las más grandes en todo el mundo según se ha dicho. Entonces, de alguna manera, y estas cosas no son fáciles de explicar o de mostrar, pero es claro que, en la decisión de lanzarse en movilizaciones radicales, que también van a abrir espacios a la violencia, está cierta seguridad de que van a ser apoyadas por otros movimientos y por otras demandas. Y la movilización feminista, a mi juicio, añade fundamentalmente la demanda de igualdad, la demanda del término de los abusos, y de dignidad. Estas aparecen como unas de las más fundamentales en la sociedad, de las más presentes por la realidad que viven en todos los campos de la vida social las mujeres, pero a su vez la demanda y el movimiento feminista le da al movimiento del estallido uno de sus componentes utópicos y transformadores principales.

Y este es uno de los elementos claves de lo que hemos analizado del drama de los movimientos sociales: su dificultad de aceptar una ins-

tancia diferente a ellos mismos y a la realización por ellos mismos de las transformaciones y del cumplimiento de las demandas, y por lo tanto, la dificultad de aceptar la esfera que hemos señalado tiene una identidad propia que es la política; y eso hace que haya una permanente tensión con el mundo de la política y que en el caso del feminismo tiene una fundamentación muy clara que es precisamente que a lo largo de la historia de la humanidad y del país las demandas de las mujeres han sido de alguna manera invisibilizadas y el mundo de las instituciones, todas ellas, ha sido un mundo propio de la sociedad patriarcal. Entonces, el movimiento feminista tiene la particularidad que aporta uno de los elementos centrales, a mi juicio, de esta dimensión civilizatoria de superación ya no solo de la sociedad pospinochetista, sino superación de un orden civilizatorio que era la sociedad patriarcal y eso le da un componente utópico, un piso ético, a todos los movimientos sociales en los cuales participa el movimiento feminista, en este caso, esto que hemos llamado el estallido, que a mi juicio es más que un estallido porque es también un proyecto y un movimiento.

DMP: Considerando que tras las movilizaciones del 2011 y 2012 nace un nuevo actor político, el Frente Amplio, cómo relaciona el estallido con la emergencia de nuevos actores políticos y el sistema político en general.

MAG: El Frente Amplio es claramente una expresión política, un resultado político de las movilizaciones del 2011-2012 y que de alguna manera, independientemente de la retórica, deja el movimiento social y pasa a ocupar un campo importante en la esfera política con problemas que no vamos a analizar en este momento, pero cambia definitivamente el panorama del espectro político chileno donde el espacio de la izquierda deja de ser monopolizado básicamente por los Partidos Comunista, Socialista y algún otro que se considerara de izquierda, y en cambio ahora lo que tenemos es el surgimiento de una nueva izquierda. Si ese nuevo actor político representa o no los sectores movilizadas en el 2011-2012 es claro que está en cuestión, no es seguro que sea un actor que represente; es un actor político importante, pero que es el representante político de esa dimensión del movimiento social del 2011-2012 no está aún definido. Y en ese sentido, es explicable que de las movilizaciones surgiera un actor político que expresara el descontento —en ese momento con la Concertación y después con la Nueva Mayoría— e intentara canalizar las demandas de un movimiento social que no habían sido satisfechas. Y entonces, eso es el Frente Amplio.

Ahora estamos, yo creo, frente a una situación diversa. El estallido y el proceso de salida, por ejemplo, por la vía del proceso constituyente, van a significar a mi juicio una profunda recomposición del campo político. De hecho, ya están surgiendo una cantidad de movimientos políticos, de actores políticos, de partidos políticos para enfrentar el plebiscito de 2020 y eso va a continuar y se va a profundizar en el proceso constituyente mismo y a la salida de él no vamos a tener el mismo panorama político. La dictadura y la salida de la dictadura significaron un cambio en el espectro político con una relativa continuidad de los actores políticos, con renovación, pero básicamente con la conformación de dos sistemas: el sistema partidario de varios partidos y el sistema bipartidario creado por el clivaje autoritarismo-democracia. Este estallido, yo tengo la impresión, va a cambiar no solo el espectro político, sino que va a cambiar los actores y los partidos políticos mismos, no creo que pueda haber uno que dé cuenta, como el Frente Amplio intentó hacerlo con las movilizaciones del 2011-2012. No creo que vaya a haber un solo actor político que pueda ser el que lo represente, van a haber diversos actores políticos. Y la otra cosa que va a cambiar es, como decíamos, el panorama. Ya en la coyuntura crítica del plebiscito del 88 vimos lo que ocurrió, que aparecieron diecisiete partidos en la Concertación de Partidos, muchos de los cuales venían de escisiones de otros partidos (la particularidad del Frente Amplio en 2017 es que no surgió de escisiones). Aquí vamos a tener también muchas escisiones de los partidos existentes, creación de partidos nuevos, reacomodos y recomposiciones, a su vez con una nueva forma de relación con el mundo social. De hecho, el Frente Amplio, si bien puede tener elementos novedosos, no tiene una forma de relación tan diferente que la que tienen los otros partidos con las bases sociales. Mi impresión es que, del conjunto del proceso post estallido, no solo del constituyente sino de los procesos políticos y de los clivajes que se empiecen a abrir por las nuevas transformaciones que se vayan produciendo de tipo estructural, puede surgir un nuevo conjunto de actores y de partidos políticos y una nueva forma de relación en que la tradicional imbricación que ha existido entre movimientos sociales y partidos en Chile va a haber desaparecido y a mi juicio será superada.

DMP: Por otro lado, cómo se vincula el estallido entonces con las movilizaciones territoriales del 2011 y 2012, y la demanda por cohesión territorial en Chile.

MAG: Una de las particularidades de las movilizaciones del 2011-2012 fue la existencia, un poco antes de la movilización propia-

mente estudiantil y también después, de movilizaciones de territorios específicos que planteaban demandas propias, pero que apuntaban a problemas generales como, por ejemplo, el tema de la energía, el tema del medio ambiente, y otros. Yo diría que la particularidad de las movilizaciones territoriales del estallido son que han estado centradas en demandas generales de transformación de la sociedad a la cual hemos aludido, pero donde lo importante ha sido más que las demandas específicas de tal o cual territorio, aquellas más generales que tienen que ver con la búsqueda de una organización y administración territorial descentralizada, participativa, con énfasis en gobiernos locales y regionales con poder y autonomía, en condiciones de igualdad entre ellos. Y ellas se han expresado en formas de organización, de movilizaciones, cabildos, que han sido un rasgo fundamental de este estallido.

Lo más importante hoy en las movilizaciones del estallido es que si bien comenzaron en Santiago, se han expandido a todo el territorio del país. En todos los lugares ha habido cabildos, movilizaciones para plegarse a la demanda general, al rechazo al modelo económico social, a las expresiones de malestar por desigualdad y el abuso, y al mismo tiempo para hacer ver que tales territorios forman parte del país porque viven los mismos problemas, tienen las mismas esperanzas, pero tienen que tomarse en cuenta y ser considerados cada uno de ellos. Y entonces lo que hay, a mi juicio, en la participación y presencia en todas las regiones de este movimiento, es que están demandando una nueva forma de organización del territorio en Chile, llámesele descentralización, demanda por nueva regionalización. Lo importante, a mi juicio, en este caso, es que las demandas territoriales están vinculadas a la demanda de una nueva forma de organización y de administración de los territorios y regiones que implique participación, igualdad de condiciones entre ellos, y por lo tanto, están reclamando un nuevo orden político que, a mi juicio, debiera significar refundación de la actual forma de organización de las regiones y de la participación de estas en el crecimiento, en los recursos del país, etc. La acción de los municipios en relación con las consultas realizadas en las comunas, sobre proceso constituyente y demandas sociales, muestra la importancia de este actor no solo durante el estallido sino para el futuro.

Insisto: aquí ha habido una demanda por el tema fundamental de la igualdad, de la dignidad, del término de los abusos, respecto de los territorios y de las regiones en el país y, por lo tanto, la demanda de un nuevo orden en materia de la organización de las ciudades, del mundo

rural, de las regiones y su integración. Y este tema estará sin duda presente con mucha fuerza en la nueva Constitución.

GDF: Con relación a la violencia; por una parte, se enfatiza en expresiones como quema del metro, saqueos durante el estallido, entre otros, y por otra, en lo violento que puede ser la desigualdad y los privilegios en Chile.

MAG: La violencia que se ha visto tiene que ser analizada en diversos planos, en diversas dimensiones. Por un lado —en los años 60 se utilizó el concepto de violencia institucional, el movimiento feminista ha hecho un aporte acuñando el concepto de violencia simbólica—, es muy importante tener en cuenta que estos dos componentes han estado presentes en el modelo económico social chileno. Por un lado, aunque no aparezca como explícito muchos de los elementos del modelo económico social, entre ellos la desigualdad, son una forma de violencia, violentan la vida de las personas, afectan contra su voluntad, y esa situación vivida como natural poco a poco se va haciendo más clara en el imaginario, en la visión de la gente, y entonces, esa violencia, llamémosle estructural, de las desigualdades, de la injusticia, de no poder satisfacer las necesidades mínimas de una familia, por ejemplo, o de sentir que a lo que había aspirado y lo que se le había prometido no se cumplió, son formas de violencia simbólica. En la estructura de las relaciones en Chile generadas por el modelo neoliberal, por ejemplo, en las relaciones de trabajo, por pacíficas que aparezcan hay una forma de violencia y, entonces, eso es lo que de alguna manera se va acumulando en la percepción, en el imaginario, en la memoria colectiva y entonces, de un orden injusto se pasa a entender que es un orden violento. Ese es un primer aspecto que hay que tener en cuenta, y, por lo tanto —y eso ha sido dicho por prácticamente todo el mundo—, no nos habíamos dado cuenta de cuánta violencia había en el orden social en forma institucional, naturalizada y en forma de violencia simbólica en la vida cotidiana de la gente.

Insisto en un punto que a veces se olvida: de alguna manera la violencia fue consagrada como el principio fundamental de organización de la sociedad chilena a través de la dictadura. Era la violencia el principio organizador, y eso hay que tenerlo claro, la violencia armada. Y eso se expresó en violencia institucional también, y en violencia simbólica. Entonces, los estallidos que se han producido a lo largo del tiempo, especialmente este, son también expresión del rechazo a una violencia. Y ese rechazo, que es muy diverso, que se expresa de muy distintas maneras,

también necesariamente, aunque a uno no le guste, va a tener en algunos un componente propio de violencia. Cuando se deslegitiman totalmente los espacios de la política, por la crítica que se hace a esta como parte de ese mundo de violencia institucionalizada, aparecen los actos de violencia y se crean, entonces, espacios de legitimidad para otras formas de violencia que no van asociadas al rechazo o la respuesta a la violencia institucionalizada, sino que van asociadas a grupos delictuales, anárquicos, narcos. Pero se crea ahí un espacio, y ese espacio de violencia, a mi juicio, vandálica criminal, debe ser desterrada. Sin embargo, paradójicamente, por la ceguera que tuvieron la elite y los sectores responsables de no haber resuelto la crisis social y política, genera una situación proclive a la modificación, a la transformación, a la satisfacción de las demandas. Ante el miedo por esa violencia se produce, por ejemplo, el acuerdo que llevará al proceso constituyente la noche de mayor estampida social, de mayor cantidad de saqueos. Pero la separación indispensable que hay que producir entre lo que es la demanda por transformación y las expresiones de violencia, no se puede hacer si el rechazo a las demandas de transformación se hace con violencia represiva y violación generalizada de derechos y libertades, como lo ha hecho el gobierno. Hay aquí un doble discurso porque, por un lado, se dice que protestas y movilizaciones son muy bonitas y positivas, pero, por otro, se reprimen porque no se está dispuesto a cambiar el sistema que el gobierno preside. Y entonces hay una respuesta de la violencia institucionalizada que se hace explícita. Porque ella consiste en que las cosas sigan siendo igual y cuando se producen desde el movimiento, con violencia o sin violencia, demandas de transformación, entonces se hace explícita, a través de violaciones de derechos humanos, como ha sido denunciado por todos los organismos nacionales e internacionales en esta materia.

GDF: Sin legitimar la violencia, pero con fines analíticos, ¿se podría decir que la violencia en cierta forma fue un requisito para lograr la posibilidad de transformación?

MAG: Hay que ver esto en este marco más general, por un lado, que siempre en los estallidos sociales tiende a haber una cuota de violencia; por otro lado, que la dictadura y el orden social que se creó a sangre y fuego, fue hecho con violencia, y que en las estructuras mismas que se crearon hay una violencia institucionalizada. Eso no significa aceptar la violencia anárquica, nihilista, etc. Significa que hay que reprimirla, por supuesto, con el uso de la fuerza legítima y sin violaciones a los derechos

humanos. Pero hay que reconocer en los estallidos, como ha sido señalado por diversos estudios, distintos tipos de violencia frente a los cuales el juicio y las actitudes son diferentes. Por un lado, está la violencia estatal, de la fuerza pública, cuya responsabilidad recae en el gobierno, a la que nos hemos referido y que ve en el estallido solo una cuestión de orden público y aplica entonces la fuerza sin distinción de las diversas formas de violencia, con lo cual, fuera de los crímenes que comete exacerba más la indignación y las respuestas fuera del marco institucional. Desde el lado del estallido hay tres tipos de violencia, que hay que distinguir, aun cuando las respuestas del gobierno y la falta de respuesta a las demandas establecen complicidades tácitas, sobre todo entre dos de ellas. La primera es la violencia estrictamente delictual, el “vandalismo” de los saqueos, incendios. Una segunda que tiene que ver fundamentalmente con lo que se llamó la primera línea donde hay presentes, por supuesto, elementos de nihilismo social, grupos anárquicos, barras bravas y que no es, propiamente parte de los grupos delictuales, pero que sí comete actos que son condenables, con un componente inicial, por decirlo así, de violencia defensiva y que es la que se organiza para permitir manifestaciones atacando o enfrentándose con la policía. Y hay un tercer tipo de violencia que no se expresa necesariamente en actos delictuales, aunque puedan cometerse que está presente en el ánimo, muchas veces, de quienes se manifiestan, por ejemplo: las funas, las destrucciones de ciertas obras patrimoniales. Esa violencia más bien anómica corresponde en un determinado momento al rechazo de un orden y que tiene que ver también con un elemento de desafección de la sociedad: “yo siento que la sociedad ha sido injusta conmigo, que este es un mundo de poder manejado por la elite, y que mi vida es una vida basada en abusos, en violencia, en cosas que no quiero vivir, y entonces, mi manera de rechazarlo es o insultar, o terminar en un determinado momento lanzando una piedra, o incluso ir a apoyar una barricada”. Hay que reconocer que en este ámbito existe también más allá de la experiencia personal descrita, un comportamiento anómico de variados sectores que se pliegan a quienes han vivido tal experiencia.

Y entonces, por supuesto que en ciertos momentos se puede producir, y cuando uno piensa, por ejemplo, en algunas acciones de las barras bravas, hay una confusión entre estos distintos tipos de violencia y una complicidad tácita como hemos dicho al menos entre las dos últimas. Pero, lo que uno no puede dejar de plantear es que no va a haber deslegi-

timación total de la violencia mientras no se recupere un espacio de legitimidad de la política en el cual se pueda entender que la sociedad va a cambiar. Y esto obliga a los actores responsables a ser activos en precisamente buscar aquellas formas que produzcan y que aseguren cambios estructurales, aunque sus frutos no se vean de inmediato, pero que muestren una dirección diferente de la sociedad. Es en eso en lo que se puede contribuir a que se aísle enteramente la primera violencia, se haga innecesaria para quienes piensan que es necesaria la segunda, y se elimine la tercera forma de violencia, sencillamente porque se siente que se está empezando a vivir en un país que va hacia el fin de la violencia institucionalizada y simbólica.

DMP: El creciente malestar de los jóvenes —no olvidar el mochilazo 2001, pingüinazo 2006, movimiento estudiantil 2011, evasión al metro 2019 y boicot a la PSU 2020— del cual hemos hablado durante esta conversación muestra a los jóvenes como un actor social de continuidad en la búsqueda de cambio social.

MAG: Hemos vivido y estamos viviendo una de las más profundas crisis, momento de transformación posible, coyuntura fundamental de la historia chilena, depende como quiera llamársele. Aquí se ha removido el piso en todos los ámbitos y eso ha sido reconocido por todos, incluso por los grandes empresarios que han dicho que todo lo que hacen de alguna manera está siendo cuestionado. Hoy día dicen menos eso, pero al comienzo lo dijeron, hubo empresarios que cambiaron o teóricamente anunciaron el cambio de la estructura tradicional de remuneraciones que tenían hasta ahora, por nombrar un aspecto. Por otro lado, uno puede pensar y no sé si lo mencioné ya, que la movilizaciones que siguen un camino aparte, pero que entran dentro de esta, por ejemplo, contra la PSU, apuntan no solo al tema de terminar con la selección universitaria, es decir, por un principio de incorporación universal a las universidades sin selección, sino que también cuestionan la forma, las instituciones universitarias propiamente tales, es decir, aquí se ha removido el piso de la sociedad y lo que se trata es cómo se va recomponiendo este piso a partir de mínimos éticos. Cuando se producen, en general los grandes estallidos en las sociedades contemporáneas provienen de los sectores jóvenes, así mismo las revoluciones (piénsese en la Revolución cubana, por citar solo un ejemplo). En general, fueron hechas todas ellas por sectores que tenían alrededor de 30 años. Eran sectores jóvenes y transformaron la sociedad. Por supuesto, esto se va después mezclando con otros grupos y con otros sectores etarios, de modo que, si pensa-

mos en esto, lo primero que hay que decir es que, por lo pronto, estos estallidos, y en el caso chileno este estallido, no es solo un fenómeno juvenil puesto que inicia y plantea un proceso de transformación del conjunto de la sociedad. Y entonces no queda preso de lo que se llamaría las características, los rasgos, las pulsiones juveniles, como algunos erróneamente han señalado. El desencadenador es un actor tan diverso como la juventud y que tiene, por supuesto, rasgos psicobiológicos y psicosociales que son muy claves pero el proceso, el movimiento que se desencadena, no es solamente juvenil, sino que es del conjunto de la sociedad. Eso pasó, por ejemplo, también con el Mayo del 68 francés. Entonces, estas características o rasgos propiamente de la juventud de determinado momento se van redefiniendo y van perdiendo importancia en la medida que se va incorporando todo ello en un proceso más amplio que, como dijimos, incluye a toda la sociedad.

GDF: Pero ¿cuáles serían los rasgos propiamente juveniles del estallido?

MAG: Más que hablar de los jóvenes, hay que introducir un término que yo creo que es clave: el concepto de generación. Estamos hablando no solo de una juventud, de rasgos etarios, sino de la pertenencia a una generación. En general los estallidos y las grandes transformaciones son realizadas por generaciones de ciertos rangos etarios y con ciertos rasgos culturales, y se habla de la generación del 68 y los “sesentayocheros” en Francia para referirse a Mayo del 68. Yo pertenezco a una generación, cuyos rasgos constitutivos en lo social —no estoy hablando ahora de los rasgos psicológicos—, tienen que ver con la transformación del Chile de los 60 por la vía de la reforma agraria, básicamente, el proceso de vía chilena al socialismo o de la Unidad Popular y, sobre todo, con la lucha contra la dictadura. Somos la generación de la lucha contra la dictadura y que vive los procesos más importantes de transición a la democracia, estamos marcados por eso. Y entonces, yo creo que es pertinente hoy día hablar de la generación del estallido, estamos en presencia de la generación del estallido. Esto habrá que comprobarlo en el futuro, pero la gente que ha vivido, que ha experimentado el estallido, que ha ido a sus distintas manifestaciones, obviamente va a sentirse relacionada con él en el futuro de sus vidas, va a referir su vida de alguna manera, su vida social, a lo que fue esa experiencia por lo profunda que ha sido.

Ahora, si uno quisiera resumir muy brevemente los rasgos de esta generación diría, en primer lugar, que se trata de distintos sectores

etarios que tienen en común, en el caso chileno, el no haber vivido la dictadura ni, en general, los procesos inmediatos de la transición, por lo menos en una edad más allá de la infancia. ¿Y eso qué significa? Eso significa que no han experimentado la violencia de la dictadura más allá de lo que les hayan dicho sus padres o abuelos, y la memoria (eso sí, memoria es lo que uno les dice pero sobre todo memoria es lo que uno ha vivido, memoria operativa, digamos), lo que ellos han experimentado es una sociedad que entienden que de alguna manera está heredada, que es la sociedad que implantó la dictadura pese a que sus padres y otras generaciones hayan intentado realizar transformaciones y puede ocurrir entonces que no les gusta esa sociedad, o que quieren reclamar y no sienten frente a ello los problemas, las trabas, si se quiere decir, los traumas que tienen los que vivieron la dictadura, y, por lo tanto, hay la posibilidad de pensar que todo es posible de cambiar. La inhibición propia de las generaciones mayores, no la tiene esta. Así, por un lado, es una generación que no vivió la dictadura militar y que si bien tiene una referencia básicamente negativa frente a ella, no es la cuestión de la dictadura misma, sino que la ve a través de la sociedad que recibe y, por supuesto, no ve ahí la dictadura, lo que ve es la obra de sus padres o, digamos, de la generación de la dictadura y la generación de la transición, ve esa obra, y esa obra puede no gustarle y entonces, reacciona contra eso sin la inhibición de que con eso le estaría haciendo el juego a los que fueron favorables a la dictadura. Yo creo que ese es un primer aspecto de extrema importancia como rasgo generacional.

Por otro lado, hay un segundo rasgo de esta juventud y generación del estallido, de la explosión social, que tiene que ver con el tipo de sociedad en que vive, y se trata de lo que se puede llamar la sociedad digital, la sociedad red, la sociedad postindustrial globalizada. Toda esta generación nació y fue formada en el mundo digital, de las redes, de internet y eso genera algunos rasgos que son, a mi juicio, claves, que tienen que ver con la importancia de la comunicación en que lo significativo es que yo me expreso y la respuesta del otro importa menos que lo que yo tengo que decir y sobre todo, cierto principio de horizontalidad que se opone a toda jerarquía y, de cierto modo, también a toda autoridad. Puede aceptarla, pero no es parte de su ADN como generación, como lo fue la nuestra en que no cuestionábamos la existencia misma de determinadas instituciones y sino, que buscábamos modificarlas. Y, entonces, a partir de ese principio de horizontalidad lo que hay es un cuestionamiento de

las instituciones, no se aceptan por sí mismas, tiene que legitimarse o comprobar para qué sirven, para qué me sirve, no valen por sí mismas. Y esto se puede ver, en la manera como estas generaciones han replanteado totalmente las instituciones, principalmente las instituciones educativas, por sí mismas, pero también la redefinición de las instituciones, por ejemplo, que rigen la convivencia, el amor, etc., como el matrimonio o la familia. Hay una ética, si ustedes quieren, o moral, distinta, que ya no está dada por las convenciones, no está dada por la tradición, por la religión o la convicción como principio fundante, sino que está dada por la interacción. Se trata de una moral, de una ética, intersubjetiva, la vamos creando, vamos creando lo que es bueno, lo que es malo, lo vamos creando entre los que enfrentamos el mismo desafío o el mismo problema, y de nuevo la experiencia respecto de los matrimonios o la familia es una expresión de eso. Entonces, ese es un segundo rasgo que yo creo que es fundamental a tener en cuenta cuando se trata de la generación del estallido, generación que no vivió la dictadura ni los primeros momentos de construcción o reconstrucción democrática, y que simplemente se encontró con ellos, los descubrió, y se plantea libremente frente a ellos, y, en segundo lugar, vive en sociedades digitales donde todos los principios institucionales son sometidos a la interacción, a la subjetividad, a la intersubjetividad, a las relaciones, a los juicios de conveniencia, de bienestar y de felicidad, y no se aceptan por sí mismos.

Creo que esos dos rasgos son extremadamente importantes y, por lo tanto, de ahí se puede desprender un tercero que tiene que ver con que hay muchas menos formulaciones ideológicas sobre lo que debe ser la sociedad, sobre lo que debe ser el futuro, sobre lo que somos y lo que podemos ser, que lo que tenían las anteriores generaciones. De alguna manera tienen que inventar sus propias normativas, valoraciones, orientaciones hacia el futuro; si hay algo que no existe es el clásico tema de los sociólogos, de la socialización, ¿han sido socializados a determinadas instituciones? No. Entonces, eso es, a mi juicio, de extrema importancia para analizar los comportamientos, lo van a definir no por la pertenencia a una determinada categoría sino por el tipo de interacciones que establezcan. Ahora, pensar que aquí se trata solamente de pulsiones, me parece reducir el tema generacional y el juvenil porque hay, por supuesto, pulsiones, emociones, incertidumbres, miedos, rabia porque no se cumplen las expectativas que le prometieron o porque no les gusta la vida que tienen. Hay todo eso, pero hay también implícitas orientaciones

valorativas, normativas, imaginarios, solo que no se corresponden con las ideologías o visiones clásicas que tenían las generaciones anteriores.

Para complementar esto, señalemos que el componente generacional de las movilizaciones es el que aporta fundamentalmente la retórica, la épica. Confieso que soy de los escépticos, en esta materia. No es lo que más me interesa en los movimientos, su retórica, su épica. Por ejemplo, nunca me interesó especialmente el contenido de los grafitis salvo desde un punto artístico. En el Mayo del 68, que me tocó vivir, eso de “seamos realistas, pidamos lo imposible”. Ahora el “Chile Despertó”, cuando la verdad es que Chile había despertado antes, si es que había despertado.

Creo que, a veces esta retórica o épica oscurece el sentido que esos movimientos puedan tener porque no necesariamente da cuenta de contenido, sino que expresan casi exclusivamente las emociones y las pulsiones. En dos o tres palabras se trata de sintetizar cosas que son extremadamente complejas. Pero sin esa épica, hay que afirmarlo, no habría movimiento. Sin embargo, no es, a mi juicio, estudiando la retórica que uno puede dar cuenta del movimiento, lo que quiero decir es que sí hay una retórica en el estallido que se expresa en las murallas, en los rayados que se hacen a ciertos elementos patrimoniales que es aportado fundamentalmente por la dimensión generacional. Y que esta dimensión tiene necesariamente un componente narcisista y eso es lo que de alguna manera oscurece el sentido real de movimiento que va a abarcar muchas más complejas significaciones para la gente que se va a ir involucrando en ella, que no corresponden solo a la dimensión generacional. Otra de las cosas que me parece interesante es que, a diferencia de otros estallidos, en esta generación predomina una épica más dramática que exultante o triunfalista, la que puede resumirse en la frase “Hasta que valga la pena vivir”. Ello tiene que ver con los temas del dramatismo de vivir en una sociedad cuyo futuro de existencia es incierto.

DMP: Entonces, ubicando esto en el contexto mismo de lo que ha sido el estallido social ¿cómo ha sido vivido el estallido social, es decir, las diferentes subjetividades, para tratar de poner el problema generacional en términos de estas subjetividades? Es decir, ¿cómo entra a propósito de la dimensión juvenil o generacional el tema de la subjetivización del estallido?

MAG: Uno de los temas que ha sido fundamental no solo en los estudios sino también en las discusiones, ha sido el tema de la subjetividad. Es decir, cómo se vive o cómo las distintas personas viven el estallido

y sus consecuencias, y tipos de subjetividad. Por supuesto las tipologías simplifican, porque tales subjetividades en los actores concretos se dan generalmente mezcladas y se transforman; tienden a estar presentes de distintas maneras en los diferentes actores, no son exclusivas unas de otras, aunque predominen en uno u otro actor. La primera, es vivir el momento como el gran momento de emancipación, de exaltación, y por eso, digamos, el balance que hace esta visión es “esto es lo mejor que me ha pasado y que le ha pasado al país”. La visión es enteramente positiva, la catarsis es vivida no solo como catarsis, sino como un proceso, “esto debiera ser la sociedad, lo que ha pasado es lo mejor y esto debiera seguir siendo así”. Hay ese aspecto de querer continuarlo permanentemente porque es el mejor momento de las vidas y de lo que le ha pasado al país. En el otro extremo están quienes han vivido o viven esto como simplemente una crisis y solo una crisis, negativa, que lo que ha hecho es destruir lo que se había avanzado en el país y anunciar un futuro pobre y complicado, es decir, uno podría tipificar de esta manera esta segunda visión “esto es lo peor que nos podría haber pasado, y ojalá esto se termine luego, aunque las consecuencias las vamos a tener que seguir pagando para adelante”. Entre medio están quienes aceptan que esto era necesario, que vale la pena, que debía haber ocurrido, pero que se manifiestan inciertos, temerosos, con preocupación sobre el futuro, sobre lo que va a pasar y sobre su propio futuro en la sociedad; es decir, hay un componente predominantemente positivo, pero manchado, marcado si se quiere, por la duda, la incertidumbre, el temor. Predomina entonces un aspecto positivo con una sospecha y temor. Y la cuarta manera de haber vivido esto es hacer predominar el elemento negativo, finalmente esto es una cosa muy preocupante que no va a dar buenos resultados, pero que parece que era necesario, la frase es “yo estoy de acuerdo con las demandas, pero no estoy de acuerdo con el cariz que las cosas están tomando”, donde lo principal, lo que predomina, es el componente más bien negativo, temeroso, de incertidumbre, aunque se reconozca, por decirlo así, la legitimidad de origen de las movilizaciones o de las causas que las provocaron. Por supuesto que, como decía, estas distintas dimensiones atraviesan a los vivires de los distintos actores y muchos actores pueden pasar, por decirlo así, de una subjetivación a otra sobre todo entre las subjetividades que pueden considerarse intermedias. Lo que quiero decir con esto es que el elemento de aquella subjetividad enteramente positiva, o básicamente positiva, que ve en esto el momento de emancipación, de liberación, de realizar lo que uno quiere

y cómo quisiera que se viviera la sociedad del futuro es la subjetividad predominante en los jóvenes y en lo que llamamos la generación del estallido, y es además una subjetividad que tiende a no dialogar con las otras, no logra entender por qué el temor, la incertidumbre cuando esto es un momento de liberación o, visualiza que la gente que no piensa como ellos son los que quieren mantener las cosas tal cual están y no quieren hacer transformaciones, y, por lo tanto, pasan a ser el adversario, el enemigo. Por otro lado, la subjetividad llamémosle más reactiva, más negativa frente a lo que ha pasado lleva a ver a la primera como causante de los males y es absolutamente inconsciente e impune frente a la violencia que ellos mismos pueden haber desatado. Y así se produce una polarización muy grande en la sociedad a partir de estas subjetividades. Y esta polarización es menos ideológica que lo que han sido las polarizaciones en otras épocas o en otros momentos aun cuando por supuesto hay componentes ideológicos. Así, uno de los temas que se plantean, como dijimos anteriormente, es precisamente que aquí puede estar naciendo —y estoy exagerando el lenguaje sociológico—, un nuevo tipo de clivaje en una sociedad en la que ya hay múltiples clivajes. Aquí se produce un clivaje mucho más complejo en el cual la dimensión generacional es muy importante, es decir, el componente generacional pasa a ser quizás un antes de un clivaje. Todo eso, es una mera hipótesis y hay que irlo reflexionando más en el futuro. Aquí queda planteado el problema de las posibilidades de encuentro, de diálogo, entre estas diversas subjetividades de la cual la dimensión generacional expresa el polo que lo vive como un momento de emancipación y exaltación que debe perdurar y que todo lo que se haga contra eso significa reprimir y negociar, es una regresión que va a provocar una sustracción y probablemente respuestas permanentes de nuevas formas de estallido en la medida que no se produzca este diálogo entre estas subjetividades.

Más allá de estas subjetividades del estallido, hay también el modo cómo se vivan los procesos que buscan resolver políticamente la crisis, especialmente el proceso constituyente, porque para unos, puede ser un momento crucial en la resolución de uno de los conflictos centrales actuales, pero para otros dicho proceso no resolvería nada ni tiene nada que ver con sus vidas. Y el triunfo de las opciones de nueva Constitución y Convención Constitucional va a depender de la capacidad de los actores políticos deslegitimados de movilizar a esta ciudadanía distante y desconfiada. Lo que implica un cambio de lenguaje, de símbolos y también de liderazgos y aquí sí que valdría este concepto.

DMP: En esas subjetividades es que hemos vivido el estallido, como una montaña rusa donde a veces se está arriba con optimismo y otras veces abajo con miedo y pesar.

GDF: Pensando también en la configuración de esas subjetividades y en la construcción de agenda pública ¿cuál es el rol de los medios de comunicación y las redes sociales en el contexto del estallido social?

MAG: Bueno, los medios de comunicación hacen, durante el estallido, lo que se supone que tienen que hacer, y cuando hablamos de los medios de comunicación en general, con excepciones mínimas, nos referimos a un sistema de medios de comunicación: prensa, radio, televisión; que ya existe y que, por lo tanto, lo que van a hacer es continuar con su tarea, y de acuerdo a sus intereses, realizando la labor periodística o informativa, en este caso respecto del estallido.

Digamos algo sobre el sistema de medios en Chile antes de entrar en su acción en el estallido social. Es evidente que el sistema de medios de comunicaciones que tenemos en Chile es un sistema que emerge también del orden económico, social y cultural heredado de la dictadura, pero con las transformaciones que existen, en el mundo, en todo lo que es la cuestión de la comunicación. Aquí hay dos aspectos. Hay un aspecto propio de lo que es este sistema de medios de comunicación en nuestro país, que tiene elementos también universales y la particularidad respecto al estallido. En relación con lo primero, el sistema de medios de comunicación está establecido para generar información y otros elementos que están siempre editorializados en términos de un determinado sistema de valores, lo que expresa, por ejemplo, lo que llamamos el duopolio de los grandes diarios es precisamente eso. Todo lo excepcional que ocurre fuera del sistema de mercantilización de la información expresada, entre otras cosas, en el financiamiento publicitario es exactamente eso, una valiosa excepción, aunque hay que reconocer que esta mercantilización también afecta a la libertad de los medios llamados alternativos. La tarea real del sistema, dejando las excepciones al lado, no es informar, tampoco lo es la de la televisión, independientemente que haya periodistas, que haya gente que sí cumple honestamente esas tareas; la tarea de esos medios es generar un conjunto de percepciones, de sensaciones, en un determinado sentido, y en ese plano el rol fundamental que ocupa la noticia es no tanto informar, sino despertar, provocar una reacción, y por eso no importa lo que esté pasando, por

ejemplo, importa más, en el caso de la televisión, un escándalo que haya ocurrido en determinado lugar porque eso va a hacer que la gente lo vea, y eso obviamente tiene una repercusión en dinero a través del sistema de publicidad. Y no deja de ser interesante hoy día que, en el caso de los noticieros de la televisión abierta, por ejemplo, toda ella funciona como televisión privada. La televisión pública chilena no funciona como tal, por cualquier estándar de cualquier parte del mundo no es una televisión pública, aunque se llame así.

Para ilustrar esta mercantilización de información y de la noticia, pensemos en los noticieros. Quien dirige el noticiero tiene frente a sí un panel con todos los otros canales y entonces, a su vez, va midiendo, qué noticia lleva más gente, y, por lo tanto, puede cortar una noticia y cambiarla si otro canal está haciendo algo que tiene mayor rating. ¿Y, entonces, qué significa eso? Al cortar una noticia, o al ponerla después de otra, o al postergarla, o al suprimirla, o al poner una noticia que puede ser menos importante respecto del acontecer nacional y mundial, al ponerla en primer plano lo que está haciendo es editorializarlo. Entonces, despejemos el mito: los sistemas de comunicación comunican, no informan, no forman, no ayudan a la creación de una opinión pública distinta a los principios y valores que ellos quieren transmitir.

Y eso pasa, por supuesto, también con los diarios. A eso hay que agregarle que hoy día uno no sabe si el diario es algo para dar noticias, informar, relatar los acontecimientos, o es simplemente un conjunto de avisos. Hay algunos diarios en que se alternan una página de noticias y una página de avisos, de modo que la mercantilización radical y absoluta de los sistemas de medios de comunicación va asociada a quienes son los que pagan, y los que pagan son precisamente las grandes empresas, los intereses económicos, etc. Y eso penetra de alguna manera la noticia, la información. Por ejemplo, volviendo a la televisión y también a la radio, sin duda con excepciones, es frecuente ver u oír a quien da una noticia hacer también la propaganda de un producto con lo que se produce un uso de la credibilidad para fines distintos de la información y eso está exigido por contrato. Por supuesto, esto no es un mundo cerrado, hay miles de posibilidades de transmitir, noticias reales, pero no siempre hay posibilidades de explicarlas, de contextualizarlas.

Volvamos ahora a la pregunta más específica.

En este panorama general, que obliga a una profunda revisión de todo el sistema de comunicación y también de la formación de las y los

periodistas y los y las comunicadoras, ¿qué ocurre respecto del estallido social? Lo que vimos y escuchamos o leímos —insisto, con excepciones— de muchos programas y canales de televisión, con excepciones en las radios, con muy pocas excepciones salvo lo que son las columnas en los diarios, fue la exaltación del aspecto espectacular que podrían tener los acontecimientos, titularlos de una manera enteramente engañosa y sin dar elementos que permitieran aumentar la capacidad comprensiva de la gente y conocer el conjunto de hechos en su realidad, pero también, en su contexto. En ese sentido, mi impresión es que no es que hayan jugado un rol nuevo, hicieron lo que saben hacer, donde lo que predomina es el aspecto rentable y, por otro lado, detrás de ello, obviamente, conjuntos de valores y orientaciones que corresponden a un modelo económico social. Insisto en que no hay que mirar esto como un universo cerrado, sino como el eje principal para el análisis de los medios de comunicación: toman el discurso oficial sobre el orden público y plantean la necesidad de algunas reformas, pero, sin entender la profundidad del proceso social.

Ahora, como los medios, para no perder legitimidad y audiencias o públicos, se ven forzados a tener debates, incorporar distintas visiones —no todas, algunas son excluidas, no se hacen las entrevistas que corresponden, o se hacen de manera desequilibrada respecto de otras visiones—, es posible que salgan de ahí debates que son importantes en la opinión pública. Diría, en síntesis, que el sistema de medios de comunicación hizo lo que sabe hacer y eso contiene una enorme parte de tergiversación de lo que pasa en la realidad, y eso evidentemente se debe a la estructura de los medios de comunicación en Chile. La reforma profunda del mundo de la comunicación y el reemplazo de los principios de competencia y mercantilización por los de diversidad, servicio público y sentido ético deberán ser una consecuencia inevitable del estallido social.

GDF: Y en este contexto ¿cómo ve el rol de las redes sociales?

Ahora, si examinamos las redes, el juicio es necesariamente ambivalente. Hay un elemento claramente positivo en las redes, que en realidad no son redes sociales, son redes virtuales, las redes sociales han existido siempre entre las personas, los seres humanos, los grupos, etc. Las actuales denominadas redes sociales se realizan en un espacio que, como se llama, es virtual; y lo virtual se opone de alguna manera a lo real o es otra realidad, pero lo virtual pasa a ser la realidad para mucha gente. El aspecto positivo es el rasgo de inmediatez y la posibilidad de usar las redes, de comunicarse, tanto para juntarse, para definir los es-

pacios, lugares y actividades de las manifestaciones como, por ejemplo, para transmitir una situación en la cual se están produciendo violaciones a los derechos humanos, por ejemplo, las fotografías que se hacen sobre la actuación de los carabineros. El aspecto positivo de las redes queda de manifiesto cuando pasan a ser instrumento de algo distinto a ellas, como la causa, el movimiento, la organización, etc.: sirven para convocar, sirven para mostrar lo que está ocurriendo, sirven para transmitir imaginarios. Fíjense el impacto que tuvo la viralización de Las Tesis. Ahí las redes sirven de vehículo y no son el fin en sí mismo.

Hay sin embargo un componente, a mi juicio, complicado, crítico, que tiene que ver con el hecho de la ausencia de instituciones. En la ausencia de espacios de encuentro cara a cara, en el rechazo, digamos, a las instituciones, y en épocas de predominio de un enorme individualismo, estas redes pueden —y estoy refiriéndome al aspecto negativo—transformarse en una ilusión narcisista de la democracia. El hecho que yo me comunico, que mando un mensaje o que insulto a quien sea, es un acto que yo lo vivo como democrático y del cual no me responsabilizo. Por supuesto, está todo el tema de las *fake news* en esto. Es decir, hay una ciudadanía ilusoria en las redes, que podría ser complementaria de la ciudadanía real, pero que tiende a convertirse en sustitutiva: no necesita instituciones democráticas, regulaciones, etc., no necesita el encuentro con el otro, porque ya está encontrándose con otro proyectándose a sí mismo. Yo siempre he insistido en un elemento que me llamó la atención de los primeros momentos de los *whatsapp*, y es que una persona envía un mensaje corto, lo envía y después envía el siguiente, entretanto el que lo recibe le está contestando el primer mensaje, y así se produce enteramente la confusión. Yo recomiendo a todos los que se interesan en estas cuestiones la rutina de Jorge Alis en el Festival de Viña del 2019, que es uno de los instrumentos sociológicos más espectaculares que yo he visto, donde expone, esta miseria de los *whatsapp* y de las redes que constituyen. Porque ¿qué es lo que está ahí? Lo que importa no es la comunicación, lo que importa no es lo que yo le digo al otro para que el otro me conteste y yo le vuelva a contestar. No, lo que importa es yo mandar el mensaje, yo invadir al otro, no me importa su respuesta porque mientras me está llegando su respuesta yo sigo mi mensaje independientemente de eso. Como se darán cuenta, lo que trato es de ejemplificar cómo las redes actuales que conocemos no son encuentros de personas, sino muy parciales, y donde tiende a predominar el elemento de “yo comunico, y no me responsabilizo de mi comunicación”.

Entonces, por eso digo que medios de comunicación, redes, en fin, existen y no juegan un papel distinto en el estallido que el que jugarían en cualquier otro evento, pero lo que es más grave es que en una situación de estallido estas formas de comunicación, si bien pueden ayudar, si están al servicio de algo, de convocar a una reunión, de expresar, de difundir un planteamiento, también pueden llevar a los encerramientos de los grupos en sí mismos, yo comunico lo que yo quiero no a todos, pero me comunico con el grupo que tiene mis mismas ideas, y eso en el fondo lo que hace es de alguna manera erosionar el demos en la sociedad y genera la ilusión que el/la individuo/a está contribuyendo a la democracia. Entonces, en vez de ser elementos cohesionadores al interior de cuya cohesión exista la diversidad, pasan a ser elementos disgregadores, generadores de identidades cerradas en que no se reconoce un espacio común que es la polis.

DMP: Finalmente eso no ayuda a avanzar en espacios de deliberación que es lo que hoy requerimos para avanzar en diálogos. Pensando precisamente en lo que ha sido su participación en espacios de diálogos que se han generado en el último tiempo, ¿qué aprendizajes y/o percepciones le han dejado las experiencias prácticas de diálogo o participación que ha tenido en este contexto, como por ejemplo el cabildo del club de fútbol Colo Colo y otras experiencias que ha tenido en estos meses?

MAG: Me ha tocado participar en cabildos sobre todo en la universidad y, como dicen ustedes, fui invitado por el club social, que no es la sociedad anónima, el club social Colo Colo. Ellos habían tenido un cabildo de mucha gente en el Estadio Monumental, pero se había acercado gente después a la directiva del club social y ellos mismos habían discutido la necesidad de hacer un trabajo más de información, de explicación porque en el cabildo, como en todos los cabildos, surgen muchas demandas, surge a veces la inquietud, la idea, la percepción que estas son las Asambleas Constituyentes, que los cabildos autoconvocados son ya el proceso constituyente mismo, incluso en muchas partes se decía “estamos ya en este proceso constituyente”, lo que en cierto sentido es cierto, pero en otro sentido no lo es. El estallido desencadena un proceso constituyente, por decirlo así, más institucional, entonces, necesitaban discutir en qué consistía exactamente una nueva Constitución, cuál es la diferencia entre una nueva Constitución y la reforma a la Constitución, cuáles eran las distintas opciones, etc. Así, surgió a partir del cabildo organizado, la idea de hacer un foro, y ahí participamos una profesora

constitucionalista, un constitucionalista y yo, con alrededor de unas 300 personas. Para mí fue una experiencia muy significativa, primero por el interés y segundo por el grado de articulación que había en los planteamientos del público asistente. La gente sabía de qué se trata, pero tenía, y ese es uno de los problemas, una gran duda sobre qué pasa después, sobre si todo esto no va a terminar al final en una cooptación por parte del mundo político frente al cual hay un rechazo muy grande. De hecho, a mí me tocó hablar después con algunas personas, todos ellos participaban en algunos movimientos políticos, pero, sin embargo, forman parte también de la crítica a los políticos, o sea, los políticos que se rescatan son aquellos que piensan como uno. Y también lo que era interesante, es esta combinación entre demandas concretas y aspiración a un cambio social global. En ese cabildo yo diría que había una radicalización moderada, pero en otros ha habido una polarización mucho mayor. Los cabildos que se han hecho en barrios más bien acomodados han tenido un doble efecto; por un lado, han permitido conversar en los barrios altos a las personas de servicio doméstico, a los mayordomos o a otros servicios con los propietarios, y donde la crítica ha sido, cuando se han encontrado, básicamente a la cuestión del abuso y del trato como temas centrales. Esto ha significado que quizás por primera vez esos sectores hayan escuchado, los sectores altos, a quienes trabajan para ellos, participando ellos de forma autónoma, pero también esto puede haber tenido como consecuencia, pasado el primer momento en el que se concede mucho, el temor a que las cosas puedan cambiar radicalmente y se pueda perder la posición privilegiada que se tiene, aunque pueda haberla considerado injusta. Entonces ¿qué es lo interesante que tiene todo esto? Que se producen, no vamos a decir por primera vez, pero se produce en forma masiva una explosión catártica en el mejor sentido del término en que la gente dice lo que piensa o lo que quiere y lo que cree que debe pasar, se siente libre para ello. En ese sentido hay que valorizar enormemente la iniciativa que tuvo la Mesa de Unidad Social para precisamente generar un mecanismo como los cabildos y esto vuelve a revalorar lo que hizo Michelle Bachelet con las cerca de 200 mil personas que participaron en los cabildos convocados en términos de un proceso constituyente.

Una de las lecciones principales de todo esto es la importancia de la existencia de espacios de encuentro que pudieran tener en alguna forma una dimensión vinculante. Habrá que ver cuáles podrían ser los mecanismos para eso, que son a nivel territorial donde se expresan las

urgencias inmediatas, las grandes urgencias, y donde, al mismo tiempo, se expresan las demandas por otro tipo de sociedad. La dimensión territorial debiera ser acompañada también, y ha sido acompañada en este caso, por lo que podríamos llamar la dimensión funcional, o sea ha habido cabildos de grupos profesionales, cabildos culturales, escolares, es decir, cabildos que están para discutir con gente que está en un mismo ámbito de actividad u ocupación, para discutir los problemas de ese ámbito y actividad. Uno piensa que esto debiera tener una forma mucho más institucionalizada a nivel territorial, a nivel municipal. Ahora ¿qué pasa con todas estas conversaciones o demandas? ¿Cómo se hace para que la gente no sienta que eso fue inútil? En principio, la utilidad es inmediata en la medida que el hecho que la gente se encuentra, discuta, es un proceso, como ha sido señalado, de repolitización, aun cuando el nivel de preocupación por lo político sea mucho menor que el nivel de preocupación por demandas sociales inmediatas, pero también eso va produciendo la reflexión en torno a lo político.

GDF: Pero ¿cómo se hace para que esto tenga impacto en la vida política institucional?

MAG: Sí, ¿cómo esto se vincula a los procesos políticos, y no pasa a ser una cosa enteramente aparte que sirvió para calmar las demandas, para que la gente se encontrara?, lo que en sí ya es muy bueno, pero la pregunta es ¿cómo durante el ejercicio de la Asamblea Constituyente, en cualquiera de sus formas (la que uno apoya es la de una Asamblea Constituyente enteramente elegida, lo que se llama Convención Constitucional) se va a lograr que estos momentos de participación lleguen allá? Aquí hay dos maneras. Una es la sistematización de lo que pasó en los cabildos de Bachelet y en los cabildos que se han realizado actualmente y, la sistematización para que llegue eso a la Asamblea Constituyente; y la otra es que durante el año que funcione la Asamblea Constituyente se reediten este tipo de actividades y que tenga algún impacto en las decisiones, es decir, que haya audiencias, que haya cabildos. La participación de la ciudadanía durante la Asamblea Constituyente, a mí me parece fundamental y en ese sentido los cabildos han sido no solo un ejercicio para ello, sino que están mostrando la demanda de que esto tiene que institucionalizarse de alguna manera porque si no esto va a provocar una enorme frustración que deslegitime el proceso constituyente. Hay que buscar la fórmula para ello en la discusión de los mecanismos del proceso constituyente junto al tema de la paridad de

género, de la participación de independientes, de los escaños reservados para los pueblos originarios.

GDF: ¿Hay alguna otra cuestión del proceso constituyente en esta materia que a su juicio quedó pendiente o mal resuelta?

MAG: Tres temas que se resolvieron mal en materia del proceso constituyente en el Acuerdo del 15 de noviembre, fueron la cuestión del plebiscito de entrada en que no se estableció el voto obligatorio. Tampoco se estableció el voto obligatorio para la elección de constituyentes, y no está resuelto qué ocurre cuando no hay dos tercios para cuestiones centrales en el órgano constituyente. A mi juicio, las alternativas deberían ser decididas en el plebiscito ratificatorio.

DMP: Volviendo a lo que han sido las experiencias de participación durante estos meses, y, para terminar, ¿cómo ve la rearticulación de la política con lo social, tema central para usted, a partir de las experiencias del estallido?

MAG: Una de las cosas que vale la pena señalar es que en los cabildos, en que a veces participa la gente más interesada, como en otros tipos de instancias a través de estudios, lo que se percibe es, junto a una claridad de lo que se quiere, hay una confusión respecto a las instancias del proceso constituyente. Por ejemplo, era normal que se confundiera la Convención Mixta con el tema de la paridad. Pero también lo que se percibe es la dificultad de entender cómo esas demandas van a ser procesadas, cuál va a ser la *accountability* de los procesos políticos respecto de la demanda ciudadana que está en el comienzo del estallido. También es posible percibir que hay miedo, no solo el miedo provocado directamente y, yo diría, explícitamente provocado con ese fin por parte de los procesos represivos y de la actitud del gobierno, sino que, junto con ese miedo, también el miedo o incertidumbre a qué es lo que vendrá y si nada va a cambiar. Todo esto puede generar una situación en que el elemento mayoritariamente positivo, la dimensión mayoritariamente positiva de aprobación y hasta de encantamiento con las movilizaciones, vaya cediendo paso a una incertidumbre, a un temor, y vayan generando, en vez del deseo natural que todo esto provocó de participación, un retraimiento. Y hay que tener mucho cuidado porque eso evidentemente es lo que persiguen los sectores que quisieran que el estallido quedara solo en el estallido, para ellos como una mala experiencia, y no como el inicio de un movimiento y de un proceso refundacional. En ese sentido, yo creo que la experiencia de los cabildos es extremadamente alecciona-

dora desde múltiples puntos de vista, desde el hecho que se organizan espontáneamente, que se organizan para plantearse problemas del territorio y encontrarse o para plantearse problemas propios de un campo de actividad, y en que se busca y se trata de entender cuál es la relación entre la demanda específica y la transformación de la sociedad o el proceso constituyente. El problema es cómo eso se traduce efectivamente en una repolitización que implica no solo la participación en actividades extra-institucionales y organizacionales como ha ocurrido hasta ahora, lo que es sin duda un avance, pero ¿cómo eso penetra a las organizaciones políticas, sociales y a las instituciones de modo que el proceso constituyente sea efectivamente no solo una asamblea de personas elegidas, sino que reestablezca el espacio en que se reencuentre lo social con lo político? Ya he dicho muchas veces que una de las cosas más importantes que tiene el proceso constituyente es que no solo genera una nueva Constitución, sino que genera una nueva forma de relación, una recomposición del espectro político, y una nueva forma de relación entre lo político y lo social. Los cabildos han sido una experiencia de eso, porque a personas que vienen del campo político a los cabildos les funaban, y poco a poco se lograba una conversación y, entonces, el desafío es lograr que se institucionalice para que la expresividad del estallido se transforme realmente en participación, en deliberación y en representación.